





# LA TORMENTA DE C

*Agustín Agra*

**Diseño, maquetación e ilustracións:**

a referencia, S.L.

**Foto portada:**

Copyright istockphoto.com/zuky

**Diseño portada:**

Noline Worldwide

**Impresión:**

euroGráficas s.l.

**ISBN:** 978-84-453-4718-8

**DL:**

# INTRODUCCIÓN A LOS CUENTOS CLIMÁNTICOS

¿Cómo explicar el problema del cambio climático? ¿Cómo hacer llegar a la mayor parte de los ciudadanos que hay soluciones en las que tienen mucho que aportar?

Desde el momento en el que asumí la dirección del Proyecto Climántica, supe que uno de los principales retos a los que nos enfrentábamos era no solo qué contar, sino cómo contarlo.

Y el valor de la palabra escrita habló por si misma.

Porque, ¿hay alguna forma más íntima y a la vez más eficaz que la lectura para interiorizar y hacernos conscientes del papel que jugamos en el medio? La respuesta es aun más contundente cuando se trata de la juventud; una literatura que les resulte interesante y próxima puede fomentar su preocupación ecológica y sensibilizarlos ante el gran desafío del siglo XXI.

*Cuentos climánticos* nace de esta reflexión, en un marco en el que la literatura referente al cambio climático está en un momento embrionario, ya que no fue hasta el año 2007 cuando el IPCC (Panel Intergubernamental para el Cambio Climático) relaciona este problema de manera inequívoca con el uso de combustibles fósiles. No obstante, y aunque se trate de un primer paso, esta colección de relatos tiene un gran peso en el ámbito de la educación ambiental.

El autor encargado de inaugurar la serie de *Cuentos climáticos* surge –no podría ser de otro modo– del ámbito de los docentes de Climántica. Agustín Agra aporta en la primera novela de la serie, *La Tormenta de C*, el compromiso ambiental propio del biólogo que es, además de su experiencia educativa como profesor de secundaria de la especialidad de Biología y Geología. La novela –cuya estructura sirve de modelo para el resto de las novelas que compondrán *Cuentos climáticos*– consta de relatos breves, útiles para una lectura colectiva de 10 minutos en el aula, y capaces de suscitar coloquios y debates. Agra es un ferviente defensor del potencial didáctico de los relatos, y es autor de varias obras utilizadas en la educación de estudiantes de primaria y secundaria, entre las que destaca *El tesoro de la laguna de Reid'Is*, ganadora del Premio Merlín de Literatura Infantil 2006.

*Cuentos climáticos* es, sin duda, una buena oportunidad para gozar con la lectura de unos relatos capaces de sensibilizarnos ante nuestro próximo gran reto, empezando por los más pequeños, el más importante para el futuro de la sociedad y su relación con la naturaleza.

Francisco Sónora Luna  
*Director de Climántica*

*A Minerva y Xoana*



## ÍNDICE

I - Yo, el narrador . . . . .	9
II - Roerto, el coche . . . . .	15
III - Habla un pez de la ría (de C) . . . . .	19
IV - Pandilla de marineros jubilados de C . . . . .	23
V - Habla la tormenta . . . . .	31
VI - Carta de Yéssica . . . . .	35
VII - Habla el río que se desbordó . . . . .	39
VIII - Patio de luces. . . . .	43
IX - Arnaldo, lagarto arnal . . . . .	49
X - Mendiño, el de la constructora . . . . .	55
XI - Toñito de Andrucho. . . . .	59
XII - Donde habla una estralla de mar de nombre Gradicela. . .	63
XIII - Un eucalipto pone su voz . . . . .	67
XIV - Un de la cuadrilla antiincendios . . . . .	71
XV - Una llama (de fuego), en representación de todo el incendio. .	77
XVI - Xocas, gerente del CO.MA. . . . .	81
XVII - Pepe Toxo, el ciclista . . . . .	87
XVIII - Los de la pandilla de marineros jubilados de C. . . . .	91
XIX - Carta de Ramoncho a su Yéssica . . . . .	97

XX - Pandilla de marineros jubilados de C . . . . .	101
XXI - Patio de luces. . . . .	107
XXII - Roerto . . . . .	113
XXIII - Tú, lector, eterno voyeur . . . . .	117
XXIV - yo, el narrador, una vez más . . . . .	121

## I - YO, EL NARRADOR

Se dice que los humanos somos animales con instinto gregario, siempre necesitados de la compañía del grupo. Puede que esa sea la razón por la que acostumbro a llevar encendida la radio del coche, buscando que me haga compañía en los solitarios viajes que debo realizar a menudo a causa de mi trabajo.



## A TROBADA DE C



Cambio climático, de eso es de lo que estaban hablando aquel día, del cambio climático. Osos polares ahogándose en el océano Ártico por culpa de la fusión de la banquisa. Esa fue la noticia que tiró del hilo, pero no tardaron los invitados en la tertulia en sacar a la palestra el deshielo de la Antártida, los gases de efecto invernadero y el calentamiento global con sus predecibles consecuencias. Unos pesados, medio programa liados en discutir algo tan obvio como la diferencia entre clima y tiempo atmosférico y porfiando por cosas de las que se veía claramente que poco entendían. Yo no creo en patrañas, no trago de buenas a primeras con las tonterías que dicen esos badulaques, unos charlatanes a los que nada les importa que el clima esté cambiando; cobran por parlotear y con tal de no estarse callados sueltan la primera ocurrencia que se les viene a la cabeza. Yo en aquel entonces, y siendo sincero, pese a no dudar de las evidencias, no había reflexionado bastante sobre el tema; pero lo que sí me quedó bien claro desde ese día es que el tiempo anda loco. Sí, de eso estoy completamente seguro, que lo he vivido en carnes propias y para eso estoy aquí: para contarte lo que sucedió en aquella desafortunada jornada y para mostrarte las escenas y personajes que comenzaron a desfilar por mi mente cuando empecé a pensar en el asunto.

Disculpa, lector, que haya irrumpido sin permiso en el espacio íntimo que es la imaginación, que haya traspasado sin llamar el umbral de tu puerta, la puerta de tu fantasía, pero sentí de repente la necesidad de contarte este enredo y no he sido capaz de contenerme. Siento ahora ser por naturaleza tan indeciso y

no haber comenzado antes a escribirlo, haber tardado tanto en ponerles nombre a las cosas y darles voz a los personajes que aquí intervienen para que seas tú ahora quien, a partir de ellos, haga suyo el ejercicio de la creación. Mas tú nada sabes de ese tópicos que atenaza a los autores, la pereza y el esfuerzo que nos cuesta ponernos delante de un folio en blanco. Quizá miedo sería la palabra más apropiada, la que debería utilizar para describir esa sensación que con frecuencia nos oprime. Podría decir como disculpa que no era tan importante contarlo, pero no me daba el cuerpo para guardarlo dentro por más tiempo. Tampoco sufras, no me acerco a ti con la intención de atosigarte con una intriga pesada y aburrida; a pesar de que esa es, supongo, la intención de todo el que cuenta una historia. Por el contrario, pese a que lo que voy a relatar es la auténtica verdad, tampoco me importaría aparecer ante tus ojos como un cuentista, o, mejor aún, como un farsante, un auténtico mentiroso compulsivo, si con ello alcanzo mi propósito: que disfrutes con la lectura de esta obra.

Comenzaré por el principio, que es la forma como se supone debe ser narrada una trama, o por lo menos ese ha sido de siempre el modo clásico de hacerlo.

Tú no conociste a Roverto, mi viejo coche, un Rover de segunda mano que había comprado a buen precio y que tanto trabajo me costó pagar. No sé muy bien si valió la pena, pues me dio problemas, como a su propietario original, desde el primer día, a pesar de estar casi a estrenar; por algo se desharía de él, el muy zorro. Nada pude hacer. Cuando

## A TREBOADA DE C



me di cuenta del error que había cometido y de que lo que había adquirido no era precisamente una ganga, ya estaba pagado y no hubo vuelta atrás. Sólo me quedó, como hice, sacarle el máximo rendimiento posible.

Poseerlo hacía que yo fuese el señorito del grupo, el único motorizado en aquella época, cuando no contaba todavía los veinte años y en la que nadie de mi edad tenía coche. Que trabajaba para el inglés, me decían los amigos, dado el origen británico del vehículo. Sí, para el inglés, pero nadie rechazaba montar en él. ¡Cuánto partido le sacamos al coche! Cargaba con nosotros, un buen lote de ellos, de farra en farra, una noche y otra, hasta que el cuerpo reventaba de puro cansancio. La de veces que nos llevó a la playa, sin importarme que me lo llenasen de arenas al volver, son incontables; de las escapadas y los viajes hasta aquí o hasta más allá que hacíamos constantemente, hace tiempo que perdí la cuenta. Después crecimos, o por lo menos los años fueron pasando para todos. Los amigos se independizaron, compraron sus propios vehículos y siguieron su camino. Nosotros, Rovertó y yo, continuamos juntos; finalizamos los estudios y nos empeñamos en intentar cumplir un sueño: escribir. El destino, las charlas y las presentaciones de libros nos llevaron todo el día de arriba para abajo, kilómetros y kilómetros en compañía, y nosotros tan contentos.

Todo tiene su final, suele decirse, y al pobre carro, como a los cerdos por el San Martín, le llegó el día. No fue a causa de los años, no te vayas a pensar; no era tan viejo y todavía

tenía cuerda para un tiempo. Tampoco por mi forma un tanto agresiva de conducir, como estarás suponiendo al leer esto. Cómo fue, entonces, te preguntarás, hartado quizás de la demora en mi explicación. Ese es el problema: ¿cómo decírtelo y conseguir que me creas? ¿Cómo contarte que el pobre se murió ahogado y no pienses en este mismo instante que ya, claro, y qué más? ¿Qué quieres que te diga si es la mismísima verdad? Sí, tal y como lo cuento: ahogado. Cree en mí, que no te conozco de nada y no tengo motivo alguno para mentirte.



## A TROBADA DE C



El suceso ocurrió el año pasado, un día de primeros de octubre, de mañana temprano, atravesando el pueblo de C. Sabes, ¿no? Allá, en la costa de Fisterra. Me paré, nos paramos, en un semáforo que está en el mismo centro de la población y que cambió a rojo. Fue entonces cuando sucedió, cuando cayó la más grande tromba de agua que uno se pueda imaginar, como si una cascada se hubiese abierto sobre nuestras cabezas; la mía y la de Rovertó. ¡Madre mía, qué manera de llover! Yo me escapé de milagro. Unos reflejos, que ya creía olvidados, acudieron en mi ayuda. Tuve el tiempo justo de abrir la puerta del conductor, refugiarme en un portal que encontré abierto tras una carrera loca y subir las escaleras hasta el primer piso. El desgraciado de Rovertó no tuvo tanta suerte. Aquel torrente del demonio se lo llevó con él. ¡Pobre! Estará ahora, supongo, reposando de tanta juerga como vivió en algún lugar del fondo de la ría de C.

## II - ROVERTO, EL COCHE

¡Mentira podrida! Todo eso que cuenta el narrador, las juergas de las que tanto alardea, tampoco era para tanto, nada que no hiciera cualquier chico de su edad. Chico o chica, que no es tan viejo y los tiempos han cambiado mucho desde las romerías de nuestros abuelos. ¿O pensará que fue él quien descubrió la pólvora? Lo que pasa es que la fantasía le puede, y cuando se pone a hablar... Cargaba hasta alguna que otra fiesta con cuatro amigos que le seguían el rollo porque era el único del



## A TROBADA DE C



grupo que tenía coche... y poco más. Un señor coche, eso sí, inglés, y con acabados en madera de raíz de nogal que me daban un toque distinguido, señorial. ¿Qué voy a decir de mí mismo sin que suene demasiado pedante en tus orejas?

Lo de la tormenta, aunque suene a mentira barata, es completamente cierto. En aquel momento yo estaba atento a la radio, horrorizado con lo que contaban sobre el deshielo de los glaciares y la subida de las temperaturas y el nivel del mar, la desertización galopante y la locura de los fenómenos meteorológicos: oscilando de las sequías a las lluvias torrenciales y a los vientos enloquecidos como una veleta borracha. Sí, de eso hablaban cuando ocurrió. Yo no me esperaba que cayera una de ese calibre, creo que nadie se lo esperaba. El día estaba claro, sin viento y con poca humedad; no amenazaba lluvia tan siquiera. Lo que cayó de repente encima de nosotros no tuvo explicación alguna. Había visto muchas tormentas en mis años, pero como aquella ninguna. La riada que se desencadenó a continuación arrastró con cuanto encontró por delante: arrancó farolas y un montón de árboles, llenando las carreteras de ramaje; anegó bajos y sótanos y reventó las cañerías del alcantarillado dejando en medio de las calles unos baches de mucho cuidado. Fue un acontecimiento tan inesperado y fuera de lugar que no pude evitar que me llevara por delante, arrastrándome sin remisión hasta la marea. Terminé, presa de la impotencia ante aquella fuerza desbocada de la naturaleza, en el mismo fondo del mar.

No puedo negar que el viaje hasta aquí haya sido toda una experiencia, por momentos hasta divertida. ¡Cuánto me gustó pasar por encima de las rocas abarrotadas de lapas y correr detrás de un banco de jureles que nadaba justo en la superficie del agua!; nunca había visto los delfines en vivo, en su propio ambiente, meciéndose al ritmo de las olas, salvo los que aparecen esparcidos por la playa tras los temporales; ver las caras de asombro de los peces, alucinadas a mi paso, no tuvo precio. Lo peor de la aventura, ¡manda narices!, fue aplastar en la caída a una pobre solla que dormitaba medio enterrada en la arena. ¡Qué asco, ensuciar los bajos de esa manera!

No sé, puede que no fuera más que una chatarra vieja, una carraca, como solía decir de mí el narrador, pero creo que me merecía un final digno. Me comporté siempre debidamente, haciendo lo que se esperaba de mí; nunca di problemas, salvando los cuatro defectos que me venían de fábrica. Si estaba como estaba era, igual que con los humanos, cosa de los años. En contra del paso del tiempo, además de cuidarse, poco se puede hacer. En cuanto a la apariencia que mostraba, debo decir en mi descargo que no era culpa mía, sino más bien de su dejadez; de unos años a esta parte andaba conmigo con mucho descuido. Pienso que, aunque por no darme un disgusto no lo pronunciaba en voz alta, ya tenía tomada la decisión de cambiarme por otro en cuanto tuviese una oportunidad. No le daba lástima golpearme las esquinas de la defensa al aparcar ni al desaparcarme llenándome de abolladuras, ni me llevaba a que me hicieran un arreglo cuando llevaba un golpecito o

## A TREBOADA DE C



me hacía una raya. Ya no sé cuándo fue la última vez que me anduvieron en la chapa o llevé una mano de pintura. Si algo tengo que decir en su favor es que, al menos, del motor siempre se ocupó. Revisiones y dosis frecuentes de aceite nunca faltaron. De la higiene, tan necesaria, tampoco doy queja: he conocido bien la aspiradora y los túneles de lavado.

Ahora todo eso es historia. Los buenos tiempos se han terminado. Se acabó el pasear mi discreta elegancia de aquí para allá, disfrutando constantemente del paisaje de la costa: de las playas y de los pedregales iluminados con la luz del amanecer, de las olas rompiendo en las rocas o atronando en las cuevas. Aquí me tenéis, aburrido y olvidado. Desamparado. Yo sí que soy ahora una auténtica pecera, con ellos todo el día jugueteando a mi alrededor, para dentro y para fuera a su antojo. Poco más me queda ya por delante que una vida contemplativa y reposar de tanta juerga como dice él que viví en este oscuro fondo de la ría de C.

### III - HABLA UN PEZ DE LA RÍA (DE C)

*Un rubio tal vez, de nombre Berete; un bicho que gasta de mucha espina y, para mi gusto, no es nada fácil de comer. Lo que, por lo que se refiere a esta historia, ni pone ni quita mérito a su opinión.*

Unos auténticos cafres, eso es lo que son. No era suficiente con todas sus artes de pesca para darnos caza, que una cosa es el anzuelo y el curricán y otra muy distinta las betas y los trasmallos; ya no digo nada de la animalada esa de que arrastren las redes por el fondo llevando hacia arriba todo cuanto encuentran, les valga o no les valga, y si es que no, como



## A TROBADA DE C



les sucede continuamente, lo arrojan por la borda y asunto terminado. No, no les llegaba con eso sino que aún tienen que bombardearnos con dinamita, como si tuviésemos petróleo o fuésemos de otra raza o de otra religión. Entonces, ¿no habrán oído hablar del desarrollo sostenible y no sabrán lo que es una gestión civilizada de los recursos? Parece mentira, como si para ellos no hubiese llegado el siglo veintiuno. Lo que te decía, unos brutos de mucho cuidado.

He visto aparecer artilugios muy extraños por aquí. He visto de todo. Incluso he vivido el desastre que provocó el Prestige, aquella chatarra que estuvo vertiendo chapapote sin parar y que casi acaba con todos nosotros. Prefiero no pensarlo; cuando lo recuerdo se me pone una losa en el pecho y todavía se me erizan las escamas. He visto muchas cosas en esta vida, alguna extrañísima, ciertamente, pero esto sí que tuvo gracia, que se me quedó la sonrisa a medias, sin saber si alucinar o morirme de risa. ¡Mira que tirarnos encima un coche viejo! Nunca he entendido muy bien sus manías; jamás me ha parecido que tengan demasiado sentido, lo confieso, pero ¿qué habrán pretendido con eso? ¿Buscarían quizá crear un microhábitat para ponerle donde vivir a alguna de las familias de pececillos más desfavorecidas o con menor capacidad adquisitiva? Teniendo en cuenta a cómo se ha puesto el precio de la vivienda de un par de años a esta parte, a aleta pectoral el metro cuadrado, no ha estado tan mal la idea. Pero... ¿y los demás qué? ¿De qué nos sirve? ¿O es que piensan que nos están decorando el paisaje? Parece que el fondo se nos

ha convertido en una de esas instalaciones posmodernas con toda la cachivachada vieja que les sobra.

Voy con el cuento, que es lo que supongo que te interesa. Recuerdo que el día del asunto, pues que los peces tengamos apenas tres segundos de memoria es una solemne tontería, había estado haciendo tiempo mientras digería una nécora muy hermosa a la que había sorprendido despistada a la puerta de su cueva. Me había entretenido mirando para a un rape que estaba al acecho escondido entre las algas y a una familia de meigas que había pasado nadando a ras del fondo hacia aguas más profundas. Me había puesto poco después de cháchara con dos maragotas de nuestros asuntos: de la mejor hora para atrapar nuestros crustáceos favoritos; de cuándo desovar con más posibilidades para que los alevines nos vayan para arriba, creciendo fuertes y sanos; presumiendo de la cotización que alcanzamos en la última subasta de la lonja; y de asuntos así de los que a menudo hablamos los peces. Estábamos indiferentes las tres al temporal que se había desencadenado en la superficie cuando llegó el hierrajo, del que después nos enteramos, por medio de unos pejerreyes atrevidos que fueron a investigar, que se llamaba Rovertó. Se lo llevaba la corriente con tanta fuerza que hasta a mí, una auténtica sprinter, me costó trabajo seguirlo llevada por la curiosidad para ver hacia dónde iba a caer; y eso que llevo toda la vida entrenándome a diario en estas aguas para sobrevivir y he huido con éxito docenas de veces de los arrastreros y alguna también, cuando me aventuro cerca de la superficie, de los barcos de la ardora que andan al cerco tras

las caballas, sardinas y jureles. Su destino era de esperar; nada resiste a la fuerza de la gravedad y al rozamiento con el agua. No tardó en perder velocidad y terminar el pobre cacharro allá abajo, en un lecho de arena a casi cuarenta metros, en el fondo de la ría de C, un lugar inhóspito y oscuro donde la luz apenas es capaz de taladrar la negrura y tan sólo se acercan las estrellas.

## IV - PANDILLA DE MARINEROS JUBILADOS DE C

*La que suele jugar la partida de subastado en la Taberna de Andrucho y se sienta a charlar en un banco del paseo marítimo a la sombra de un tamarindo cuando no llueve; cosa que están haciendo ahora, charlar, con sus palabras plagadas de gead.*

**Manel:** No dan una, hombre, no aciertan ni atándoles la codorniz a la escopeta. Porque mira tú si no se veía venir el asunto.



## A TREBOADA DE C



**Manolo:** ¿Qué asunto, Patrón? ¿De qué hablas?

**Manel:** ¿Y de qué voy a hablar? De lo que está en la boca de todos, de la tormenta de este día.

**Manolo:** No me extraña que no se hable de otro tema. Temporales hay todos los inviernos, pero como este yo nunca había visto ninguno.

**Manel:** Fue un vendaval realmente bravo, sí, señor. ¡Qué manera de caer agua! Mira si llovió, que el río se desbordó y los caños de drenaje que van enterrados por debajo de las calles dieron de sí y reventaron.

**Manolo:** Así quedaron después aquellos socavones. ¡Daba miedo mirarlos!

**Manel:** Es que aquello fue más que llover a chuzos; y la riada que vino después aún se llevó bastantes coches por delante.

**Manolo:** Se los llevó, sí, señor.

**Manel:** Pero es que cayó tanta que en algún lugar del pueblo el agua alcanzó los dos metros de altura y, cuando bajó, hubo donde quedó un buen barrizal de casi un metro de fondo.

**Lelucho:** Sí, fue mucho. Llegó sin avisar cuando no era todavía la hora del caldo, cuatro ráfagas de viento loco y, venga, a llover sin parar.

**Manel:** De cuatro ráfagas nada, que el aire ya estaba revuelto. Viró aquella mañana todo lo que le dio la gana. Un poco del sur, luego travesía, otra vez vendaval... y así cuanto quiso.

**Lelucho:** No, señor. No era viento del mar ni de poniente como tú dices, era nordestada, si lo sabré yo, que mi mujer había puesto la ropa a secar en la huerta y el tendal casi vuela, que está de ese mismo lado.

**Manel:** Qué sabrás tú de qué banda venía el aire, que hace tiempo que no te va al derecho la aguja de marear.

**Lelucho:** Yo ya lo sabía a la mañana, cuando me desperté. Sabía que iba a venir.

**Manel:** ¡Ahí va, como los videntes! Ya está el señor contraмаestre con sus historias.

**Lelucho:** Me pusieron en aviso las costillas y las rodillas. Se me levantó de repente un dolor enloquecido, como si me clavasen en los riñones mil alfileres o me estuviesen acuchillando.

**Manolo:** No te engañes, Lelo, esa es la vejez.

**Lelucho:** El dolor era tanto que me echó fuera de la cama. Salí a la huerta y todo era azul, no se divisaba ni una nube.

**Manel:** ¿Y no has dicho antes que batía del nordeste? ¡A ver si te aclaras!

**Lelucho:** Lo he dicho, sí, y es verdad. Entré, desayuné una taza de sopas, y al rato, cuando salí de nuevo, el tiempo había cambiado. Se había levantado nordeste, y pegaban unas rachas tan frías que me dejaron el ánimo destemplado.

**Manel:** ¡Y dale! ¿Qué dices, hombre? ¡Tú ya no ves ni la boya de tierra! Por no saber... no sabes ni dónde tienes la cabeza.

## A TROBADA DE C



**Lelucho:** ¡Oye, tú, trasto viejo, cuidadito con lo que dices! No me calientes mucho...

**Manolo:** ¡Calmaos, hombre! No empecéis otra vez. Os cabreáis por nada, parece mentira que seáis amigos desde hace sesenta años. Además, ya sabéis lo que se dice: cielo empedrado, suelo mojado.

**Lelucho:** El refrán está muy bien, pero el cielo estaba limpio, no había ni una nube.

**Manel:** Las había, sí, señor. Había unas nubes de trueno que daba miedo verlas.

**Lelucho:** Que no.

**Manuel:** Que sí.

**Lelucho:** Pues no centelleó ni nada...

**Manel:** ¡Centellar! Relampaguear, será, digo yo. Lo que te faltaba a ti ahora, ¡hablar como los presentadores resabidos de la televisión!

**Lelucho:** Yo hablo como me apetece.

**Manel:** Sí, sí, como te apetece. Tú no hablas, tú sólo sabes despotricar en la taberna, que eres un badulaque.

**Lelucho:** ¿Que soy qué? ¿Ya me estás faltando otra vez? ¿No puedes hablar sin tener que insultarme? Y además no relampagueó para nada. Que no.

**Manel:** ¡Que sí, furtivo del demonio!

**Lelucho:** ¿Furtivo? ¿Furtivo yo? ¡Hay que tener mucha cara, amigo! Que me lo digas tú, el mayor dinamitero de la redonda, ya es el colmo.

**Manel:** ¡Qué simpático eres, camarada! Me vienes con el cuento de la dinamita, tanto tiempo después. Además, eso no se ha demostrado nunca. Pero todo el mundo sabe que tú siempre has sido de los de marisco para hoy y hambre para mañana.

**Lelucho:** No te pases, que tampoco es para tanto. Todos de vez en cuando llevamos para casa un capacho con unas nécoras fuera de tiempo o una centolla que no daban la talla, pero...

**Manolo:** Hombre, no me negarás que fuimos bastante salvajes.

**Manel:** ¡No fastidies tú ahora, Manolo!

**Manolo:** Cuando éramos jóvenes la mar estaba espesa de peces grandes como mundos, casi venían a la red ellos solos; no había, como quien dice, ni que cebar el anzuelo.

**Manel:** ¿Y qué quieres decir con eso?

**Manolo:** Pues que arramblamos con todo. Nos comportamos como la flota pirata, fuimos nosotros los que arruinamos la mitad de los caladeros del mundo.

**Lelucho:** Sí, tú dirás lo que quieras, que hablar no tiene límites, pero si empiezas a sacar trapos sucios no quedaremos muy bien ninguno de los tres.

## A TREBOADA DE C



**Manolo:** Había que aumentar el esfuerzo pesquero, se decía, y los barcos tenían cada vez más tonelaje y más caballos, y con todos los medios tecnológicos abarrotando el panel de mando.

**Lelucho:** Ya sé por dónde vas. Siempre hemos tenido los últimos instrumentos de navegación: radar, sonar, el plotter y el satélite... ¿Y qué?

**Manolo:** Pues que al poco tiempo todo era inútil. A cada largada venía menos pescado en el aparejo, necesitábamos más días para llenar las bodegas y las mareas se hacían más largas.

**Manel:** Pues bien que marcaron las tallas mínimas y pusieron vedas y paradas biológicas. Las patrulleras estaban por todas partes y había montones de inspectores controlando lo que hacíamos.

**Manolo:** Y ya ves tú para qué ha servido, que ni rastro de pez ha quedado, ni espinas para el gato. Así acabamos comiendo el sargazo, royendo algas como los japoneses.

**Manel:** Para el carro, muchacho, que tampoco fue para tanto.

**Manolo:** ¿Y entonces qué hacen los marineros por ahí ociosos todo el día, al garete, y por qué siguen los barcos pudriéndose amarrados en el puerto?

**Manel:** ¿No te estarás volviendo ecologista, tú, ahora?

**Lelucho:** ¡Déjalo, hombre! Le vienen ahora los remordimientos al maquinista, mira tú. Serán cosas de la edad.

**Manel:** Seguramente. Tendremos que buscarle entonces una plaza en el asilo.

**Manolo:** ¡Pues estaría bueno! Llevo toda la mañana tratando de poner paz y vosotros todavía os aliáis en mi contra. ¡Seréis ratas! Mejor me callo...

**Lelucho:** Hombre, ¿y qué querías? Nos llamas furtivos, piratas y no sé cuántas cosas más, ¿y pretendes que nos callemos?

**Manolo:** ¡Se acabó el carbón! No os soporto más. Me marchó, que tengo cita para recetas en la Casa del Mar.

**Lelucho:** Muy bien, hombre. Abur, ya nos veremos.

**Manel:** Vete, sí. Vete por la sombra, que el sol en la cabeza no es nada bueno, y menos a tus años.



## V - HABLA LA TORMENTA

Ya está bien, ¿no te parece? Todo el mundo hablando mal de mí, sin hacer otra cosa que echarme la culpa del asunto de la riada que asoló el pueblo de C aun a sabiendas de que no tengo una voz con la que defenderme de las acusaciones. La fama de arisca y destructiva es injusta; sé perfectamente que no suelo andar con una carga tan grande de humedad, pero has de saber que, esta vez, las circunstancias fueron algo distintas a las habituales.



## A TREBOADA DE C



Lo que ocurrió es que en aguas de las Azores, uno de los lugares donde es frecuente que comience a formarme, el sol pegaba con fuerza, con mucha, mucha fuerza, y en consecuencia hacía más calor de lo normal; esto ocasionó que la evaporación fuese exagerada, el aire se calentase varios grados por encima de lo ordinario y, por lo tanto, la cantidad de vapor de agua que podía transportar, muy superior a la acostumbrada. Esto es un hecho, no una opinión; que yo, pese a ser parte implicada en el sarillo, de mudanzas climáticas y de los líos esos que os traéis entre manos nada sé. Atravesé luego el Atlántico en pocos días de tensa calma, incrementando mi fuerza en el transcurso del viaje con el paso por encima del océano, sabedora de que era sólo cuestión de tiempo que liberara la energía que llevaba guardada en el vientre. Los vientos del oeste que me trajeron hacia aquí no encontraron aire frío alguno en su camino que provocase la condensación del vapor que llevaba conmigo hasta llegar a esta costa.

Y entonces sucedió. Justo al llegar, a la vista de las costas de Fisterra, me encontré de frente con el céfiro que venía del norte; de Irlanda, de Islandia o de algún otro gélido lugar incluso más próximo al polo. ¿Qué iba a hacer un aire caliente y tropical como yo al toparse de repente con las narices del temido viento ártico? Pues ascender. Subir y subir sin pausa hacia el cielo. ¿Qué, si no? El frial de las alturas elevó sin remisión mi humedad relativa hasta alcanzar el cien por cien, lo que hizo que llegase al punto de saturación. Superado ese límite, la condensación fue inevitable y dejé caer de golpe toda la carga que llevaba

conmigo. Lo que sucedió seguidamente ya lo conoces por la prensa; es fácil resumirlo en tres palabras: los pluviómetros enloquecieron.

Intensa y súbita, dijeron de mí los periodistas en sus artículos y columnas de opinión. Algo normal, pienso yo, ¿o no? ¿O qué querían, entonces? Lo lógico es que haga mi labor, la que por definición me corresponde. Mira en un diccionario y verás bien a las claras de qué modo me describe. Intensa y súbita. ¡Hombre, pues claro! Es que, de no ser así, intensa y súbita, no sería una tormenta, sería cualquier otra cosa. Parece mentira, como si nunca hubiera llovido en octubre. No sé en qué país se creen que viven, ¿en Levante o en el Caribe? Parece que nunca hubieran visto ventar y tronar. Está muy bien que se aburguesen, pero lo que desde luego no pueden esperar es que esto se convierta en Marbella, la Costa del Sol o cualquier sitio de esos. Sí, he dicho exactamente eso, que se comportan de una manera que una no puede pensar de otro modo. Tan sólo les falta comenzar a construir urbanizaciones y campos de golf en lo que otrora habían sido bosques y sembrados. Tampoco exagero tanto, no vayas a pensar, bien sé que eso es exactamente lo que muchos están deseando; no tienen más pensamiento dentro de la mollera que el contenido del interior de sus bolsillos. No silbes, sé perfectamente que es posible que tú seas de los que están esperando lo mismo.

Pero qué le voy a hacer; yo soy lo que soy. Si no les gusta, que se rasquen, o que me denuncien. Ellos mismos.



## VI - CARTA DE YÉSSICA

*La que le encargó la profesora de técnicas de expresión escrita de su clase, 1º de la ESO, grupo B, y que va dirigida a Ramoncho, su padre.*

Querido papá:

Tienes que saber que me porto muy bien, estudio mucho y estoy siendo tan buena, tan buena, que espero que me traigas ese regalo que tú y yo sabemos, el que me prometiste en el aeropuerto antes de marcharte.



## A TROBADA DE C



Mamá está bien, tan guapa como siempre, o más; cuido mucho de ella como me pediste, aunque no para en casa, pues está siempre ocupadísima con el trabajo. A veces no la veo hasta el anochecer, cuando casi es hora de acostarme.

Por el pueblo sigue todo igual. Todo, todo, no, pues este verano casi nos morimos asfixiadas de tanto calor como hacía. Fue por el buen tiempo, pero también por culpa de los incendios, que vino uno detrás de otro y estuvo ardiendo todo el rato. Incluso hubo días en los que no pudimos ir a la playa y tuvimos que encerrarnos en casa a causa de tanto humo como llegaba al pueblo. Lo único que podía hacer era jugar, leer un poco hasta que me aburría y luego ver la tele con mamá, las dos tiradas como focas en el sofá, ahogadas de calor.

Y ahora mira tú, pasó lo de la tormenta, que tú no sé si ya lo sabes, pero hace unos días vino de repente un temporal tremendo y cayó una tronada tan grande que casi nos ahoga a todos, a mamá, a mí, a los abuelos y a todos los del pueblo. ¡Ay, papaíto, cuánto miedo pasamos! Y luego vino una riada enorme que inundó la tienda de chucherías de la tía Mucha y los comercios nuevos de la calle del Centro. No te lo creerás, pero vino con tanta fuerza que incluso se llevó varios coches para el mar.

Dice la señorita P., la profe de natu, que la culpa es nuestra, de los humanos, porque parece ser que nos comportamos de una forma terrible con la naturaleza: contaminamos mucho, consumimos mucha energía en los coches y en los aviones, y

que hacemos demasiadas casas y cosas así. El otro día afirmó toda sería que estábamos marbellizando la costa, y nos explicó después que no tenía nada que ver con que estuviésemos poniendo más hermosa la orilla del mar. Hablaba de las construcciones. Edificamos demasiado, papá, y tenemos todo el litoral abarrotado de ladrillos y de cemento. Construimos incluso encima de las playas y se han hecho bloques de viviendas en medio de las fincas, en lugares donde antes se plantaban patatas y no había ni un cobertizo. No tenemos ningún sentido, nos insiste a menudo. Se están haciendo algunos pisos tan pequeños y con tan poca luz que ni casas son; más bien parecen, y pone cara de asco cuando nos dice eso, cuadras para animales.

No sé muy bien si creerla, me parece todo muy exagerado, como toda ella y todo lo que dice. Tenías que ver cómo se pinta y de qué forma se viste, como si fuera una chica; y es más vieja que la abuela. Yo no creo que estés haciendo nada malo cuando coges el avión para ir a Fuerteventura a trabajar o cuando levantas apartamentos u hoteles. Todo lo contrario; haces casas bonitas para que viva la gente y nadie sabe colocar ladrillos tan bien como tú, me lo dice siempre mamá. Además, ya sé que no te marchas porque quieras, sino que estás fuera porque aquí lo de la mar está muy mal, pues ya casi no hay pescado y con lo que se gana no llega ni para el gasóleo.

Algunas de mis amigas están muy impresionadas con estas cosas; la madre de Vanessa vino a hablar con la directora para protestarle, porque ahora ella no quiere vivir en donde vive ni

## A TREBOADA DE C



que la traigan al colegio en el coche. Quiere una casa más pequeña, y no ese chalé inmenso con mil habitaciones vacías que hizo el padre pegado a la playa de Arealonga, y venir con sus amigos en el autobús escolar, aunque para eso tenga que levantarse más temprano y caminar hasta la parada.

Por hoy no tengo nada más que contarte, voy a ayudar a mamá a poner la mesa para comer. Además, supongo que no te quejarás, nunca había escrito tanto: ¡más de un folio! Me despido de ti con el deseo de que vengas muy pronto cargado de regalos para mí, y alguno también para mamá. Muchos besos de esos que a ti te gustan de:

Tu ratita  
Yéssica

## VII - HABLA EL RÍO QUE SE DESBORDÓ

*O riachuelo; pues con un caudal habitual de bien pocos litros, un cauce de apenas un metro de ancho, y cuarta y pico de fondo tampoco es como para ponerse épicos con el tamaño del curso fluvial.*

Eso es algo que podía ver cualquiera, hasta con los párpados llenos de orzuelos se veía venir lo que iba a pasar en cuanto nos cayeran encima cuatro gotas. Que después hayan sido ciento cincuenta litros por metro cuadrado en apenas una hora es otro cantar. Tampoco deberían estar tan sorprendidos; después de



## A TREBOADA DE C



lo que han hecho conmigo no podían esperar otra cosa. Tan sólo era cuestión de tiempo que sucediese.

Escucharon tantas historias del asunto e imaginaron tanto dinero en el negocio que quisieron jugar también ellos a los especuladores, ¿o eran menos que los demás? Por las noches ya no podían dormir, atacados por los nervios y el insomnio, y se pasaban el día soñando despiertos con las posibilidades de las recalificaciones de terrenos. Fueron tan listos que no se les ocurrió otra idea que la de urbanizar a lo loco. ¿Qué lugar mejor para comenzar con sus proyectos faraónicos que la marisma del fondo de la ría? Qué más daba que fuese zona protegida si estaba en el mismo centro del pueblo y tan sólo había que recubrirla de tierra. La desecaron primero, ¿cómo no? Hicieron el relleno sin importarles nada la bichería que allí vivía. Cuánto valían dos patos y una garza, una, que venía en invierno y se dedicaba a zampar ranas en los canales de la marisma. ¿Qué más había? ¿Chochines, chorlitejos, ciénagas atestadas de mosquitos, cañas en cantidad y una legión de renacuajos? ¿Qué valor puede tener eso? Mucho menos los cuatro ecologistas que aparecieron para protestar. Hay que mantener el orden; un par de azotes bien dados y asunto terminado, que para eso cobran un sueldo los de uniforme. Después tiraron para arriba, ¡venga a construir! Cemento y hormigón. Viviendas a mazo; un ayuntamiento nuevo; un centro comercial e incluso un hospital. Eso sí que tuvo guasa, ¡levantar un hospital encima de un lodazal! Y fueron taaaaan listos que hasta hicieron los aparcamientos por debajo del nivel del mar, y claro, ¿qué te voy

a decir que no sepas? Mientras funcione la ley de la gravedad y la de los vasos comunicantes, cada vez que llueve el agua va para dentro y los coches se reconvierten en gamelas.

Luego me tocó a mí. ¡Ya hay que tener mala suerte! ¿Qué les habría hecho yo, recorriendo la vega despacito, siempre tan pacífico? Llevaba siglos disfrutando mansamente de mi camino desde el manantial hasta la marea, de mis saltos y cascadas, de los vericuetos de los meandros y la frescura de los riachuelos. No tuvieron piedad, ni un triste sauce me dejaron, ni un abedul o un aliso que me diese una sombra. Me trataron como a un estorbo entrometiéndose en sus planes, como si fuese un enfermo terminal al que hay que quitar de en medio. ¿Y no era ilegal la eutanasia?

Hacía ya un tiempo que venía sintiéndome mal, sucio por dentro, con el lecho lleno de basura y ceniza de incendio. Llegado el día no les tembló el pulso. Me entubaron primero. Me encorsetaron el camino enterrándolo bajo las calles del pueblo. En lo que había sido mi vega hicieron las viviendas; levantaron armatostes con un puñado de pisos. No se contentaron con construirlos a mi lado. No. Tuvieron que plantármelos, panda de badulaques, justo encima. Canalizaron hacia mí, ¿hacia dónde si no?, las aguas fecales; me llenaron de desechos y excrementos y todavía fueron capaces de decir, los muy marranos, que apestaba. Curso arriba, en la miseria en que quedó mi canal, tiraron el escombros, pues parece que no encontraron mejor sitio en donde echarlo; eso sí, en un rincón hicieron un paseo con banquitos ideal para los viejos.

Mienten más que hablan. No saben ni lo que dicen y por encima lo mismo pensaron, los muy ingenuos, que tras construir no iba a llover más. Mal que les pese, ocurrió lo que todo el mundo que lo ha pensado por lo menos una vez dedujo que tenía que pasar. Me sepultaron en vida, y luego, por si les parecía poco, me atoaron y me llenaron. Me llenaron bien lleno, justo hasta reventar.

## VIII - PATIO DE LUCES

*Conversación entre Mucha, Menchu y Moncha desde sus respectivas ventanas del cuarto C y los segundos A y D.*

**Moncha:** Entonces... ¿qué me decís de lo que ha pasado? –gritó la madre de Yéssica desde su ventana de la habitación dirigiéndose a las vecinas que tendrían la ropa dos pisos más abajo.

**Mucha:** ¿Y qué es lo que ha pasado, Monchita? –le contestó a su cuñada dando voces como si viviese en el edificio de enfrente–. ¿Lo de la tormenta?



## A TROBADA DE C

CC

**Moncha:** Claro, mujer, ¿y de qué voy a hablar si no?

**Mucha:** ¡Ay, chica! ¿Y qué quieres que te digamos? Pues mira, yo estaba en la calle cuando pasó, había ido a comprar un poco de masa para hacer la empanada de sardinas que le había prometido a tu hija, y todavía no sé cómo me dio tiempo de escapar.

**Moncha:** ¿Cómo fue, entonces? ¡Cuéntame!

**Mucha:** Me libré de milagro. Menos mal que ya venía de vuelta para casa y no estaba lejos del portal, a un paso. ¡Santa Bárbara bendita!, me dije cuando me di cuenta de lo que estaba cayendo... Te acordarás de nosotros, ¿verdad, santita mía? Y hasta le recé un padrenuestro a toda prisa mientras corría escaleras arriba.

**Moncha:** ¡No me fastidies! ¿Y desde cuándo eres tú de rezos?

**Mucha:** De misas y de hacer rogativas no seré mucho, no como tú, pero tampoco están de más en un caso así.

**Menchu:** Pues a mi marido lo pilló con un formón en la mano haciendo un apaño en la tienda y con el susto se metió un tajo que casi le lleva un dedo y me lo deja inútil –intervino en la trifulca la vecina del segundo A sin muchos miramientos–. Si por lo menos le diesen una paga por lisiado...

**Moncha:** ¡Ay, Menchu, mujer, qué bruta eres! ¡Maldita sea, caramba!

**Menchu:** ¡Cállate, Moncha! No digas pecados, que después se te escapan delante de la niña.

**Moncha:** ¿Cómo quieres que no los diga? Mira que a veces tienes unas cosas...

**Mucha:** ¿Y habéis visto cómo tenemos los garajes? Con dos metros de agua, los coches nadando y los trasteros anegados. De la tienda ya no quiero ni hablar, con todo el género estropeado.

**Moncha:** ¡Mujer, tampoco es para que te pongas de esa manera!

**Mucha:** ¡De qué manera ni de qué manera! ¡Yo no me pongo de ninguna manera!

**Moncha:** ¡Ay, Mucha!, ¿y no ves cómo estás toda alterada? La culpa no es nuestra, ya lo sabes, y tenemos el garaje tan anegado como el tuyo.

**Menchu:** Pues lo de mi bajo nuevo de la calle del Centro es bastante peor. Se ha vuelto un barrizal de mucho cuidado, ¡que a ver quién me lo limpia ahora! La madera del suelo habrá que desecharla y poner una tarima nueva; de las paredes ya no os digo nada, a pintar todo otra vez, ¡con el trabajo que nos dio escoger los colores!

**Mucha:** Sí, vuestra ya sé que no es, pero de alguien será, que llover siempre ha llovido, pero nunca había pasado nada semejante. Y si a ti te ha hecho un buen desastre, ¿qué me

## A TREBOADA DE C

CC

dices de mi tienda de chucherías? ¡El agua ha disuelto el azúcar de las golosinas! Ya no quiero ni pensar cómo va a quedar todo de pegajoso cuando baje el nivel. Tendré que limpiar hasta el último rincón.

**Moncha:** Pues está claro, ¿no? Que del hombre del tiempo no va a ser.

**Menchu:** Mujer, claro que no. ¿Y de quién es entonces la culpa, según tú?

**Moncha:** ¿Y de quién va a ser? ¡De los políticos, claro está!

**Mucha:** ¿De los políticos? ¿Y por qué dices eso? Ni que ahora lloviese por su culpa.

**Moncha:** Llover, no. Pero ¿quiénes son los culpables de que el agua haya arramplado con todo? ¿Quién ha dado los permisos para urbanizar en el río y ha permitido que no hayan dejado ni un canal pequeño para la lluvia?

**Mucha:** Pues a lo mejor hasta llevas razón, la verdad es que no lo había pensado. ¡Cuánto nos vendieron lo de las urbanizaciones que iban a hacer cuando fue de las elecciones! No hablaban de otro tema, ni los de aquí ni los que venían de la capital. ¿No os acordáis?

**Menchu:** ¿Cómo no nos vamos a acordar? Decían que el pueblo iba a ser el no va más de la costa de Fisterra. El colmo de la modernidad y del progreso, según ellos, todo lleno de urbanizaciones y con una calle Comercial con tiendas de último diseño que ni en Las Vegas.

**Mucha:** ¡Qué gente, caramba! ¡Para que te fíes de ellos! Por un voto te venden lo que no hay, y después no se vuelven a acordar de nosotros en cuatro años.

**Moncha:** Lo que hay es mucho inútil sin oficio ni beneficio que se apunta en donde huele a cuartos.

**Menchu:** Tampoco serán todos así, ¿no?

**Moncha:** Mujer, todos no, claro está; pero luego ya ves, hablan y hablan y no dan una a derechas.

**Menchu:** Son unos charlatanes; dicen lo que queremos escuchar, pero después...

**Moncha:** Sí, unos mesías, como si fuesen a redimir el mundo. Y lo peor es que nosotras creemos en ellos como bobas.

**Mucha:** ¡Mira que somos borregas!

**Menchu:** Así nos va. No me extraña que cada vez se confíe menos en ellos.

**Moncha:** Niñas, ya está bien de política por hoy. Me voy para adentro a ver en qué está liada Yéssica, que ya ha debido de terminar la carta que le estaba escribiendo a su padre. Nos vemos después.

**Mucha:** Muy bien, hasta luego. Yo me voy al gimnasio, aún me da tiempo de quemar dos docenas de calorías antes de comer.

**Menchu:** ¡Qué buena idea, Carmucha! Tenía que hacer unos recados, pero la verdad es que no corren prisa, ya iré por la tarde. Nos vemos allí. Abur.

## IX - ARNALDO, LAGARTO ARNAL

Mi sangre es fría, o eso pensaba yo. Era lo que siempre había escuchado decir al maestro en la escuela y lo que ponen en sus descripciones las guías de reptiles. Últimamente ya lo dudo, pues eso de que en los veranos se me ponga por encima de los cuarenta grados, además de ser muy poco agradable, hace que parezca que más bien me circule caldo por las venas. Los más viejos de mi especie siempre dicen que la juventud está loca y todo ese rollo; proclamando que antes se vivía mejor, que había más insectos, muchos más, para comer, y que ahora la vida está muy cara, sobre todo desde la entrada del euro, y, por si no fuese suficiente con esos problemas, se nos ha venido encima lo del cambio climático y lo de los incendios.



## A TREBOADA DE C



Viejos serán, no voy a decir que no, pero algo de razón sí que llevan. Antes vivíamos tan fresquitos, dormitando reposados en el cubil, dejándonos llevar por la pereza todo el invierno bajo una piedra o en la grieta de algún muro sin que nada nos molestase. Sin embargo, me da que ahora, a pesar de que suelo quedar profundamente adormecido, las heladas no son como eran; yo por lo menos no siento casi frío y ni sabañones tengo. No es extraño que me despierte de vez en cuando sintiéndome asfixiado, con las escamas sudorosas, y así no hay quien descansa, siempre activo, con el metabolismo descontrolado con las subidas de las temperaturas, y luego, venga, llega el verano y todos queriendo hacer churrasco a cuenta nuestra.

A veces pienso que vivo en un campo de batalla o en el medio de una competición por ver quién es el campeón que enciende más fuegos. No sé si arde, como dicen algunos, porque son los viejos que luchan contra los matorrales que crecen firmes como un cáncer o porque es para alejar el jabalí o incluso el lobo. Se dice que unos lo prenden porque después especulan con el precio de la madera, que así es más barata; y otros porque son historias de odios y venganzas personales. Motivos tendrán muchos, esos y muchos otros, cada uno los suyos. Nosotros en eso no nos metemos, pues son cosas de cada uno y nos da igual carne que pescado, ellos verán lo que hacen. No sé cuándo van a acabar con esto; pero sí sé, pese a ser mi cerebro bastante más pequeño que el tuyo, que, aunque hay muchas hectáreas de monte, éste no es infinito.

Cuando arde paso miedo. Sí, miedo, y aún me quedo corto con la palabra. Creo que siempre he sido un bicho de carácter intrépido, pero intenta ponerte por un instante en mi pellejo. La elección no es fácil: acabar quemado o asfixiado. Hace falta ser listo como una ardilla y estar siempre alerta, con una galería honda permanentemente preparada; y bien a mano, que si el fuego me coge a contra pie, acechando una presa, voy aviado. Después del incendio el monte se queda triste y yo me siento extraño, como si tuviese un desgarró por dentro, con un dolor que parece que me hubiesen amputado algo. Pienso que los científicos no han demostrado que el alma, el espíritu, o lo que quiera que tengamos, aunque sea la de un lagarto, no exista, y que no se halle escondida en un rincón olvidado de alguna víscera. Los supervivientes deben sentir algo parecido y muchos se marchan. Luego vuelven, pues no tarda en nacer la hierba y en brotar yemas jóvenes y tiernas. Los escribanos, que se veían de raro en raro, de repente se toman abundantes. Pero los reyezuelos, que tanto me alegran los días, desaparecen; no se vuelven a ver en mucho tiempo. Habrá que esperar un par de años, a que los tojos crezcan, para que aparezcan otra vez las tarabillas y las currucas rabilargas.

También es cierto que con el fuego el terreno se queda al descubierto, limpio para que las rapaces hagan presa fácil en nosotros. Por si fueran poco las culebras de escalera, ahora hay que andar con ojo con el milano y el azor.

Son tan listos que después de que arde no se les ocurre plantar de nuevo ni un tojo, incluso con semillas vascas, que esos

## A TREBOADA DE C



tontos no las distinguen y yo sé perfectamente lo que digo. Es verdad que pronto brotan las cepas que sobrevivieron y que tampoco tardan las semillas enterradas en germinar después del fuego, pero también lo es que en cuanto llueven cuatro gotas se va toda la tierra, primero al río y luego para la ría; si allí le hace de abrigo a la arena y al marisco, pues mira tú, que se fastidien los que andan al berberecho y a las almejas, o que se marchen para las Canarias, que dicen que hay mucho curro. ¿Pensará la mariscadora de la ría o el mareante del mar de Fisterra que los culpables son unos paisanos que han decidido, porque efectivamente eran suyos, cortar los montes para vender a un precio miserable los árboles chamuscados para pasta de papel? ¿O creerán que es cosa de las autoridades que lo han consentido o, por dejadez, no han hecho nada por evitarlo? ¿Y después qué? ¿Sembrarán la piedra esperando que enraíce algo verde en el granito, o vendrán con camiones de tierra a docenas o miles para recuperar ese suelo que han dejado desaparecer en unos meses?

Bien mirado tampoco está tan mal, alguna ventaja habría de tener. Que haya menos suelo y más pedregal a nosotros nos parece muy bien, decir lo contrario sería mentir, de este modo tenemos sitio suficiente en donde ponernos al sol. ¡Con lo que me gusta asolearme encima de las piedras, cerrar los ojos y olvidar el mundo! ¡El sol, mi pasión! Otra historia es esa, la del sol, que con el asunto del agujero de la capa de ozono incluso vamos a tener que refregar las escamas con protector; pues no mienten cuando cuentan que ahora pega mucho, más

que nunca. Tendremos que pringarnos de ungüento, factor sesenta por lo menos, para no terminar convertidos en pincho de lagarto, y si no ya se saben las consecuencias, ¡renegado sea el demonio!

¡Y cuidadito, eh! Lo que hablo no es lo primero que se me ocurre; mi opinión no es la de un cualquiera, la de un lagarto verdinegro o la de una diminuta lagartija. Todavía hay clases, por mucho que ya no se recuerde ni cuándo cayó el Palacio de Invierno. Yo soy un arnal, un bicho grande y hermoso. Soy fuerte, muy, muy fuerte, uno de los mayores de esta tierra. He crecido gallardo, pues en perseguir grillos y meter mantis en el papo no hay quien me haga sombra, y siempre he sido gran cazador de saltamontes y libélulas, que alimentan mucho, todito proteína. Lo mío es el rastreo y el acecho. Siguiendo una pista soy implacable. Mi lengua es como el rayo. Infalible.



## X - MENDIÑO, EL DE LA CONSTRUCTORA

*Un don nadie que se enriqueció haciendo chabolas de cuarenta metros cuadrados en terrenos recalificados y vendiéndolos como si fuesen chalés de lujo de cuatro hectáreas.*

Un riacho. No era más que un riacho reseco, ¡mecagoensós! Echó abajo el negocio una birria de riacho que no llevaba ni agua. ¿Y ahora qué? ¿Quién va a poner solución a este



## A TROBADA DE C



embrollo? Estamos en el ojo de todo el mundo; nos mirarán con lupa hasta debajo del refajo, y aún vamos a tener suerte si alguno de nosotros no acaba... mejor ni pensarlo. ¡Menuda marejada que se nos viene encima! ¿Y todo por qué? ¿Qué mal he hecho yo? Yo soy fundamental para el país. Yo y otros como yo. ¿Quién si no crea empleo en esta tierra olvidada? ¿Quién dinamiza la economía en este rincón, país de Nunca Jamás? ¿Cuál es, dime, el sector empresarial que más contribuye a mejorar el PIB y, por tanto, nuestro nivel de vida? El nuestro y también, no lo olvides, el tuyo. Entonces, si eso es así, a qué viene esta manía de meterse con los constructores, de intentar que carguemos con las culpas de todos los males. Siempre hay, lo sabes muy bien, daños colaterales, o, con el lenguaje de la tierra: no hay pez sin espinas. Pues, a decir verdad, si las casas son feas la culpa será, digo yo, de quien las quiere así, montón de paletos sin gusto; y la tendrán los arquitectos que las diseñan, que ya me dirás tú para qué demonios hicieron estudios; o los políticos, panda de hipócritas, que dan los permisos, no rechazan las comilonas, sean cocidos o mariscadas, y, por encima, todavía hay que cotizar sin falta el porcentaje del ayuntamiento; sin olvidar el impuesto revolucionario en concepto de asesoramiento que va a parar a sus bolsillos. Los planes de urbanismo, ni mencionarlos, que no son, por supuesto, asunto nuestro; si el cauce del riacho ese del que todo el mundo habla se hizo más estrecho y anclado en cemento será cuestión, digo yo, de la planificación del ayuntamiento.

No sé, por tanto, por qué viene a cuento hablar de corrupción urbanística o de tráfico de influencias. Lo del mercadeo de permisos son paparruchas, sobra decirlo; yo no aparezco de madrugada en casa de nadie con un maletín y cuatro sabuesos de gimnasio para meterle presión, eso son argumentos de película. Esto es la costa de Fisterra y no Chicago ni Sicilia. A los periodistas les encanta ver fantasmas en todas partes y calentarle la cabeza a la gente. No saben qué inventarse para vender cuatro papeles. Después escribirán de la deforestación y del cambio climático con la conciencia tranquila sabiendo de lo que hablan; ellos, los mayores consumidores de árboles del planeta. Parece mentira que gastemos el dinero en insertar anuncios a diario; les das de comer y ya ves cómo te lo pagan. Es como alimentar a los cuervos, en cuanto te descuidas te arrancan los ojos. Si fuese cierto la mitad de lo que dicen ya andaría detrás de nosotros la fiscalía de delitos urbanísticos. Y no hay tal, que con la fiscalía me cruzo en el Café por las mañanas y siempre me saluda con un buenos días de un modo muy amable y natural.

Otro tema son las amistades, pues si por ejemplo me llevo bien con Toñito de Andrucho, el concejal de Urbanismo, será asunto mío, digo yo. No tengo por qué justificar con quién tomo los vinos o salgo alguna noche de farrá. Si soy padrino de Vanessa, su hija, es porque nos llevamos bien, porque hay sintonía entre nosotros, ¿entiendes? ¡Qué tendrá eso de malo! Además, es normal, qué quieres que te diga, pues de pequeño fuimos juntos a la escuela y ahora coincidimos en el

club de tenis y en el náutico; y si salimos de pesca en mi yate comprenderás que es porque tenemos intereses comunes: las fanecas, las lubinas... y así.

## XI - TONITO DE ANDRUCHO

*El concejal de Urbanismo que dio los permisos.*

La vida son dos días. Dos, ni uno más, y hay que vivirla, ¿no es así? ¿Qué pega tienes, pues, que ponerme? Eso es lo que hago, vivir, vivir bien, todo lo bien que puedo. Pero para eso hace falta mucho dinero, pero que mucho. Hay que andar con los bolsillos llenos si se quiere disfrutar a tope de lo que el



## A TREBOADA DE C



mundo nos ofrece.

Cada cuál tiene sus motivos, que hay gente altruista y la hay también oportunista, pero yo no te voy a decir más claro el porqué de que me haya metido en política; para que digas después que no vamos con la verdad por delante. Es cierto que no quise estudiar, y no fue porque yo no sea bastante espabilado, ¿eh? Lo que ocurre es que en clase me aburría; los maestros sólo explicaban tonterías que no servían para nada, inútiles para la vida. Cuando mi padre se cansó de que repitiese cursos y me mandasen sancionado para casa me metió con él a trabajar en la taberna. Aquello no era vida: todo el día currando por cuatro duros y una miseria de propinas, aguantar borracheras y soportar desprecios; me trataban como si fuese un trapo viejo, menos aún que un paria de la India: niño para aquí, niño para allá... Por lo menos me dio para conocer a mucha gente y ponerme al corriente de muchos secretos, esas confidencias que se cuentan cuando bebes dos chatos. Lo demás, llegar hasta aquí y coger una buena posición en el ayuntamiento, tampoco ha sido tan difícil. Puede hacerlo cualquiera, sólo hay que contactar con la persona adecuada y conseguir que te coloquen bien arriba en una lista. Nada más. No necesitas ni saber hablar.

Tampoco vayas a hacerte a la idea, por lo que cuento, de que soy tan egoísta; no quiero nada distinto de lo que quiere todo el mundo, de lo que seguramente tú mismo quieres: un buen buga; el piso y el chalé en la playa; una moto molona para el buen tiempo, que cada año dura más y se le saca más

provecho; joyas y trapitos para la compañera; buenos colegios y de prestigio para la niña, con un montón de extraescolares, eso sí, que está en una edad muy difícil y no es cuestión de tenerla fastidiando todo el día por la casa adelante; un viajecito al año, por lo menos, hasta el Caribe o así, pues ¡cómo presta echar el día en la hamaca al lado de la piscina, relajándose de este estrés de la vida moderna! ¿Qué más quieres que te diga? El dinero se esfuma por entre los dedos sin que uno se dé cuenta, eso es algo que seguro que ya sabes por ti mismo. Yo por lo menos no he sido nunca un descarado, que también sabes que hay mucho maula que se caía de hambre y al mes de meterse en política invitaba a toda la parroquia con un billete de millón encima de la barra de la taberna. ¿Ya sabes lo que hizo aquel alcalde, el que dio permiso para cuatro alturas en el edificio y ahora vive en el quinto? Yo por lo menos hice bien la tarea, con disimulo, fui comprando poco a poco: ahora un piso, luego un terrenito, más tarde otro pisito; eso sí, poniendo las propiedades a nombre de la familia, no vaya a ser el demonio. La casa de la aldea y el piso nuevo son de mamá; el dúplex y las parcelas al lado del mar, de mis abuelos; los titulares de los negocios son los niños; con mi padre, ese negrero chupasangres, no me llevo bien; y a nombre de la mujer, poca cosa: un piso, el coche viejo... y nada más, que yo recuerde, pues ella no es pariente de sangre y nunca se sabe, cualquier día, cuando menos me lo espere, me deja por otro o pide el divorcio y no me queda ni una perra.

Aun así, y después de todo lo que he hecho por el pueblo, que

## A TREBOADA DE C



bien se ve lo bonito y moderno que está, hay quien se atrevió a decirme en toda la cara que soy un pirata de despacho con traje y corbata en el cuello en vez de parche en el ojo, que pienso que tengo patente de corso y que no me llega con vivir a cuenta del dinero de los demás, sino que por encima prevarico y meto la mano en la caja. ¡Vaya botarate, lo que hay que oír! ¡El mundo está tan lleno de envidiosos y desagradecidos...! ¿Y para ellos me mato a trabajar? Pasa un día por el pueblo y dime entonces si no han quedado estupendos el paseo marítimo, la calle Comercial y las edificaciones del nuevo ensanche de la Vega. Y si el río se ha desbordado la culpa no es mía, que el tiempo no lo controlo yo y, si me apuras, será cuestión de los técnicos chapuceros del departamento de Medio Ambiente que no han asesorado como debían. La culpa es de ellos, no me cabe duda. ¡Habrà que abrirles expediente a todos! Con los ineptos es necesario tener mano dura y dar un escarmiento, no puede ser de otra manera. Si cuando tenemos entre manos un proyecto de envergadura, una... urbanización, pongamos por caso, y el informe que nos llega de la oficina técnica es positivo y está firmado por el arquitecto o el aparejador –perdón, arquitecto técnico–, ¿qué podemos hacer nosotros, el alcalde y su equipo de gobierno? Pues lo mismo: estampar nuestra firma.

## XII - DONDE HABLA UNA ESTRELLA DE MAR DE NOMBRE GRANDICELA

Yo andaba por aquí abajo tan tranquila, como siempre, sin meterme con nadie. Escenificaba mi rol de predatora vagando arena adelante a la caza de bivalvos, ¡pues no sabes cuánto me sabe la carne blanda de las zamburiñas y las vieiras!; aunque unos mejillones grandecitos para darme la gran cuchipanda también me prestan, ¿o es que a ti no? Y entonces va y, sin esperármelo, se me cae encima aquel monstruo que casi me aplasta. Sé perfectamente que tengo cinco brazos, como la



## A TREBOADA DE C



mayoría de las especies de mi clase taxonómica, y que, si pierdo alguno de ellos, muy pronto vuelve a crecerme otro nuevo. Pero, cuidado, tampoco es tan fácil, ¿o te parecería muy agradable que te arrancasen las uñas o el pelo de un tirón, por decir algo, aunque después te creciesen de nuevo? Ya me dirás, entonces, si fuese un brazo u otra extremidad o apéndice. Si me llega a partir en dos pedazos después ya no sabría quién soy, si el uno o el otro; e incluso se me podría desarrollar un grave trastorno de personalidad. Tengo que decir además sobre el tema, y no hablo por no estar callada, que los humanos, de sapiens, nada; sois unos burros de mucho cuidado, y muy puercos, por cierto. Me tenéis el fondo lleno de porquería: cubierto de latas, ruedas, electrodomésticos... ¡Qué sé yo!

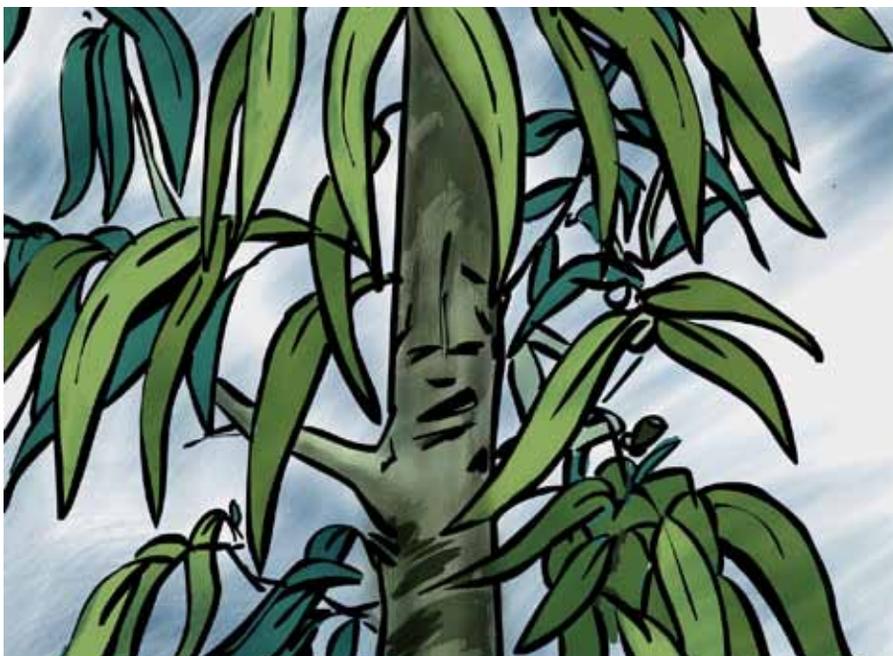
En lo que se refiere a ese montón de hierros, debería ser sincera y añadir que después no es que me haya venido mal precisamente; ¡no puedes imaginar la cantidad de bicherío que se vino a vivir a su lado! Y yo tan contenta. Detrás de unos van los otros, y después de los otros voy yo. Siempre aparece algo que llevarme a la linterna de Aristóteles, que ya ves qué nombre le han ido a poner a mi boca. El problema es que cada día me llega desde la superficie algo nuevo que no hace sino desorientarme, y así pierdo las referencias continuamente en mi deambular por el fondo y cada vez me cuesta más trabajo encontrar los cultivos de moluscos. Por si fuese pequeño el estercolero, al deshacerse, los componentes químicos de toda esa porquería se me meten en los receptores olfativos y no

hay quien huela nada, y así ya me dirás quién caza el sustento, que una no vive del aire. Parte de mi comida, berberechos y almejas, se muere medio asfixiada, atorada en el lodo. Cuentan las estrellas más viejas que ellas, en sus tiempos, iban a por ostras, bivalvo abundante y sabroso; pero son bichas muy finas que no resisten la lama y ya hace años que no queda ni la prueba. De esta manera se hacen inútiles los consejos que me daba de pequeña mi madre: ve a comer a los lugares donde haya pastos de plancton de calidad, la mejor comida está allí. En lo que se refiere a las vieiras, trataré de resumirlo en párrafo corto: unos vienen de noche, cuando la niebla es más espesa. Pasan arriba y abajo, un lance tras otro. Después, cuando llegan los otros, los que se supone que tienen licencia, no queda ni una. Yo soy escrupulosa, espero a que alcancen los doce centímetros y respeto las vedas. ¡Demonio de furtivos, que el infierno se los lleve! ¡Y aún dicen con toda la cara que la culpa es nuestra!



## XIII - UN EUCALIPTO PONE SU VOZ

*Al que no me ha dado la gana de ponerle nombre. Porque está muy bien lo de ponérselo a todo, pero a un eucalipto... Ya sé que le he llamado Arnaldo al lagarto, Berete al que tal vez sea un rubio y Gradicela a la estrella de mar, pero no estoy muy convencido de ponérselo al eucalipto... Disculpa, quizá no tenga hoy el día. Si quieres ponérselo tú, adelante, eres muy dueño, este relato, en cuanto salió de la imprenta y cayó en tus manos, ya es asunto tuyo.*



## A TREBOADA DE C



Mi familia procede de fuera, no voy a negar lo evidente, pero tampoco soy un sin papeles cualquiera de esos que llegan por ahí abajo, o arriba, da igual. Llevamos tanto tiempo aquí, desde que el tal fray Rosendo Salvado envió desde Australia las primeras semillas, dicen que hace dos siglos, que yo me siento de la casa. Sí, de la casa, aunque nosotros lo de las heladas sigamos sin llevarlo demasiado bien. Porque, a ver, dime, quién es propiamente de la casa en este país, que, al final, como te pongas a indagar en el pedigrí de cada uno la verdad asoma, y resulta que todo es de importación; del que menos desconfías resulta que es tan extranjero como yo. En esta tierra, por mucho que a ti el monte te parezca natural, todo son cultivos. ¿O eres de los que creen que sólo se siembran las patatas y los pimientos de Padrón? Podrías pararte un poco y pensar en ello, a ver qué es lo que me dices después.

Los frutales y los árboles de los parques proceden de todos los rincones del planeta, la mayoría fueron traídos como adorno o por los frutos. De los demás, aunque pienses que son de aquí de toda la vida, habría bastante que hablar. Podría decirte, por ejemplo, que la mayor parte de las especies de pinos llegó con los romanos. Al que llaman del país no es tal ni por asomo, abunda porque llevan doscientos años con repoblaciones pero es, igual que el manso, de origen mediterráneo; al de repoblación también le llaman de Monterrey, pero no porque sea de la parte de Ourense sino de una pizca más lejos, de México. Del único autóctono, el albar, ya apenas queda alguno, y si sobrevive es fruto al mismo tiempo de la repoblación.

Podemos hablar también de los castaños, ¿por qué no? Los castaños vinieron una vez más con los romanos, aunque supongo que antes alguno debía de haber. Se extendieron luego debido a la calidad de su madera y por las castañas, pues antes de que el maíz y las patatas llegasen de las Américas eran parte importante de la alimentación de la gente, es por eso que había uno junto a cada aldea, ¿o qué te habías creído? Lo del roble es otro tema, no lo voy a negar. Están aquí desde hace mucho tiempo, ya ni se recuerda, pero tampoco pensarás que se forman robledales de modo espontáneo y natural. Muy buena su madera; la podredumbre no puede con ella, y parece que de él se aprovecha todo: la cáscara, las bellotas y las ramas jóvenes, y también las hojas para póчимas y hechizos. ¡Cuánta superstición ha habido siempre! Sí, muy útil el roble, pero no están los tiempos ni las economías para esperar a que crezcan; dos generaciones, si no tres, para sacarles rendimiento. ¡Donde esté una plantación de crecimiento rápido que se saque de en medio el resto! Al final, ¿qué queda?, si hasta replantan los tojos con semillas traídas de Euskadi. No te engañes: lo cierto es que apenas quedan bosques, salvo alguno que otro medio anoréxico escondido por las montañas del interior del país, y que, con el cambio climático, aún habrá de resistir la invasión de hordas de nuevas especies exóticas.

En cuanto a mí, no hay quien me haga sombra. Es mucho lo que puedo decir en mi favor, que estos son tiempos muy competitivos y el que no se espabila va aviado. ¿Conoces acaso alguna otra especie que genere beneficios más rápido,

## A TREBOADA DE C



que en apenas quince años esté dando madera aprovechable? ¿Y quién da mayor volumen y calidad para pasta de papel? Que esa otra ría, la de P, esté como está no es culpa mía, busca en otro sitio al responsable. Cuando coges catarro o andas mal del pecho, entonces sí, claro que te acuerdas; y en cuanto a los muebles y a las mejilloneras, si acuden a mí para hacerlas, está muy claro el porqué. Además, yo pongo la nota exótica; una especie australiana en este país tan insulso y aburrido. Es la globalización, que ya hace mucho tiempo que no existen las barreras; las fronteras se han quedado obsoletas. Lástima que no se den los coalas y los canguros para hacerme un poco de compañía.

## XIV - UNO DE LA CUADRILLA ANTIINCENDIOS

No es mal negocio este, ¡anda que no! Hace años, cuando comencé, malamente tenía trabajo para tres meses cada temporada; después, poco a poco, fue habiendo bastante chollo y el asunto se diversificó.



## A TREBOADA DE C



A pesar de lo que parece desde fuera, no todo es apagar incendios. Primero, durante los meses de invierno, cobro por limpiar el monte: tengo que rozar pistas y cortafuegos y hacer quemas controladas. Luego, cuando llega el buen tiempo, vigilo que no prenda fuego. Sí, es duro eso de vigilar, no te creas, toda la jornada en el coche patrullando de aquí para allá, y lo peor es cuando me toca en una caseta; no hay nada más aburrido, horas y horas detrás de unos prismáticos, de día sofocado con el calor y por la noche... pues como coincida, y sin un mal catre donde echarme un rato. Después toca apagar; porque seguro, seguro, que el monte arde, tan seguro como que yo soy de Cerquides. Lo hace siempre, todos los años, toditos. Por último, invierno de nuevo, hay que reforestar; como comprenderás, aún quedaba cerrar el círculo: sin árboles no hay futuro en el negocio.

No, nadie me ha enseñado, en este oficio no hay escuelas. Lo que sé lo he aprendido a pie de fuego. Me he convertido en un profesional de primera chamuscándome las cejas; en este curro no hay otra manera. ¿Horario, dices? El fuego ni lleva agenda ni atiende horarios. Cuando se declara un incendio, los turnos pueden ser interminables; tengo que enfundar el mono y echar mano del atizador a cualquier hora, día o noche. No hay días santos: trabajo domingos y festivos, y cojo las vacaciones cuando coincide y siempre, siempre lloviendo. El sueldo es como es; no cobro ni el peligro ni la toxicidad del asunto. Menos mal que siempre consigo que me caiga algún extra.

Una vez que has entendido de qué va la jugada, ya habrás intuido que si deja de arder se para la rueda y se acaba la bicoca. Entonces, está claro, ¿verdad?, lo que debo hacer. Trabajar bien es fácil. A veces tan sólo tengo que tomar unas tazas en cualquier taberna para saber quién está peleado con el vecino o no se lleva bien con un pariente. Mal asunto el de las partijas. Hacer que parezca una venganza y que otro cargue con la culpa es tan fácil como dejar caer entre dos vinos la frase adecuada. Habilidades sociales, que dicen; cada uno vale para lo que vale y el trabajo que no falte.

Que arda es sencillo: una vueltecilla por ahí a la puesta de sol, se fuma un cigarro y se tira la colilla, las pinazas y los helechos secos se ocupan de que prenda, ya el viento del norte se encargará de extenderlo.

Es cierto que es un trabajo cansado, todo el día monte arriba y monte abajo, y además acarreando pesos, que no es nada bueno para la espalda. Rozar los helechos todavía tiene un pase, pero lo de los tojos y brezos es superior a mí, no lo soporto, y no es que yo sea un señorito, que a mí lo de trabajar no me cuesta, pero lo de golpear en madera tan dura, agachar la espalda y andar todo el día lleno de arañazos... No olvides las espinas de las zarzas y los tojos. Hay que tener en cuenta que el verano es la peor época. Temporada alta. Trabajo todos los días y no puedo ir a la playa, ni a echar un vistazo ni a chapotear un poco en la marea, pero, eso sí, estoy moreno todo el año y me ahorro una pasta en gimnasio.

## A TREBOADA DE C



Andar con fuego no es un juego; ni cuando lo apago ni, en su caso, cuando lo enciendo. El peligro de que me pillen no es para tanto: me hacen cuatro preguntas tontas, me ponen una multa que no puedo pagar y, venga, de regreso al monte. La emoción está en manipular adecuadamente una alimaña impredecible y voraz como el fuego sin que me estalle en las manos. No voy a negar tampoco el subidón que me da, la descarga tan tremenda de adrenalina, como en un deporte de riesgo. Ni parapente, ni puenting, ni ninguna de esas idioteces; prueba a apagar un fuego, o a encenderlo: seguro que no podrías dejarlo.

A decir verdad, me lo paso bien con los compañeros. Me gusta estar con ellos, compartir el tajo y las conversaciones. A pesar de que ellos trabajen por principios, vean el asunto de un modo distinto y nada sepan de alguna de mis actividades. También están los silencios. Es extraño pero sí, disfruto con ellos del silencio, cuando estamos agotados después del esfuerzo, tirados en el suelo, apoyados en el todoterreno y comiendo cualquier porquería. Otras veces estamos callados porque sí, porque no tenemos nada que decir o porque hay algo en el ambiente que nos empuja a permanecer con la boca cerrada. Allí estamos, sin decir nada, indiferentes al mundo, con la mirada perdida; pero sintiéndonos al lado, muy cerca. No es necesario que digamos nada; nos entendemos sin palabras. Sé que estamos pensando lo mismo y que ellos, como yo, están disfrutando de esos instantes de compañerismo, de amistad muda, y que es algo de mucho valor en nuestras vidas.

¿Qué más da cuántos incendios se hayan producido o cuántas hectáreas hayan ardido? Lleva la cuenta, en ferrados, en fanegas o en lo que tú quieras, a mí me da igual. Lo del fuego se ha vuelto un negocio, una industria como otra cualquiera. Cualquiera no, que esta mueve mucho dinero, pero mucho, ¿eh?, y hay mucha gente e intereses implicados, de aquí y de otros lados. Yo sé lo que digo y, pese a ser la última mona del cuento, no me quedaré sin mi parte. No, ¡hombre! Eso sí que no. Me llevaré mi pedazo de la tarta como que me llamo Moncho Cienfuegos.



## XV - UNA LLAMA (DE FUEGO), EN REPRESENTACIÓN DE TODO EL INCENDIO

Yo soy natural, como la lluvia y el viento, como los temporales o los animalillos de la tierra y del mar. Ocurro cuando las condiciones para que me desarrolle son las adecuadas, aunque eso tampoco suceda tan a menudo. Puedo encenderme a causa de un relámpago de una tormenta de verano, de un



## A TREBOADA DE C



trozo de vidrio arrojado en la tierra de forma adecuada o por una colilla sin apagar tirada por descuido; de esas formas y también de alguna más. Tampoco voy a decir que incluso no reciba ayuda con frecuencia, pues lo cierto es que ya me lo han puesto muy fácil desde que llenaron los montes de pinos y eucaliptos y dejaron que la maleza creciese a sus anchas. Pero como parece que eso no era suficiente, aún permiten que ande libre todo ese hatajo de tarados. A pesar de todo, no pienses que me estoy quejando, sé ser agradecida; aunque pronto no me quedará mucho por quemar: muchas gracias. Cada uno tendrá su motivo, no digo que no, que hay de todo en esta tierra: ganaderos, madereros, políticos con el deseo de apuntarse tantos y desacreditar a los rivales, empresarios, especuladores inmobiliarios, vecinos envidiosos o con ganas de venganza y qué sé yo cuántas tipologías más. Yo en eso ni entro ni salgo. Pero por encima de todo lo que sí hay es mucho loco; o mucho artista, que a veces dudo y ya no sé ni qué pensar. Gente que disfruta mirándome, viendo cómo prendo y cómo crezco, cómo devoro ansiosa cuanto encuentro.

Contemplar el fuego tiene su magia, no me lo negarás; un no sé qué que cautiva y atonta al más frío. Pero una cosa es pasmar mirando a la hoguera de San Juan y otra bien distinta es darle soplete a un centenar de hectáreas. Ya me entiendes. Qué te voy a decir, que seguro que estás aburrido de verme actuar en directo. No necesitas los telediaros ni los documentales que ponen en el canal temático para que sepas de qué estoy hablando; parece que de un tiempo

a esta parte, y en cuanto llega el calor, mires hacia donde mires, no se vea otra cosa.

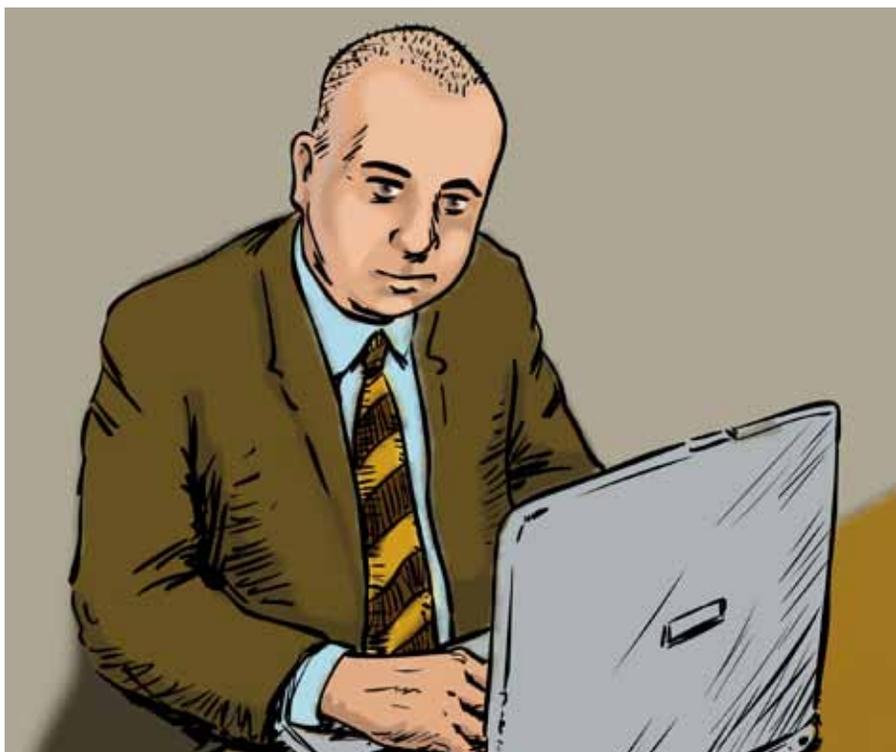
A veces me deslizo lentamente, muy próxima al suelo, mordiéndolo, además de la hierba y el matorral, la pinaza seca; otras viajo más rápido: voy por la copa de los árboles dejándome llevar por el viento; otras incluso, cuando tengo el día bravo, hago ambas al mismo tiempo. Me gusta tanto salpicar pavesas y hacer remolinos de fuego, no veas cómo enloquecen los de las cuadrillas..., ¡vaya un juego divertido! Todo depende de cómo venga el día, de la pendiente del terreno y de la humedad del aire y de las hojas; y del viento, sobre todo del viento. Disfruto con la brisa y con el viento fuerte, mejor con vendaval. Si sopla del sur, avanzo en empopada, puedo llegar al éxtasis. No hay nada como un suelo seco y viento del sur. ¡Ay, el viento amigo! ¡Qué sería yo sin él!

No tengo sentimientos ni, por supuesto, remordimientos. Hago oídos sordos a las bestias aterrorizadas, devasto y calcino, alimento el espanto. Chamusco cuanto encuentro sin pensarlo demasiado. Todo muy natural, como te decía al principio. Cuando me dan pie, yo hago lo que es consubstancial en mí. Si me encienden, me pasa lo que a ti: echo a arder.



## XVI - XOCAS, GERENTE DEL CO.MIA.

No sé cuál fue la chispa que encendió la primera llama. No lo sé. Lo que sí sé es que en algún momento nuestro mundo, el que habíamos heredado de los mayores, dejó de ser el que siempre había sido. Cambió y se arruinó sin remedio.



## A TREBOADA DE C



Mi historia no es distinta a la de los demás. Una de tantas. Fui buen chico desde pequeño, trabajador y estudioso. Algo innato. Mis padres no necesitaban tirarme de las orejas para que me aplicase en los libros. Si he de ser sincero, no necesitaban ni decírmelo, que ya yo estaba haciendo los deberes antes de que ellos tuviesen tiempo de pensarlo tan siquiera. Era buen alumno, no cabía duda, y los míos se sacrificaron para que tuviese carrera: ingeniería forestal, primero de mi promoción, siempre las mejores notas. Estudié por vocación. Mi debilidad por la naturaleza es congénita; recuerdo todavía con emoción los paseos con mi abuelo siendo apenas una criatura, cuando me enseñó los nombres de todos los árboles. Nunca dejaron de ser mi interés, mi pasión.

Los compañeros de la escuela siguieron cada uno su camino: Tono, Toñito de Andrucho, era un pasmón que venía a clase oliendo a abubilla; se hartó de poner tintos y tapas de calamares en la taberna de sus padres, se metió en política y ahora nada en el dólar. A Mendiño tampoco le va mal, heredó la constructora familiar, hizo negocios con Toñito y ya han urbanizado media costa de Fisterra. Pepe sigue como a los doce años, en babia, se pasa el día a horcajadas de la bicicleta y cuando se baja y abre la boca es para echar pestes hacia afuera contra todo: le escuece el mundo entero; quizás lo mejor sería que se callase y siguiese dando a los pedales. Moncho fue desde siempre un buscavidas sin principios, ya por aquel entonces reunía cuatro perras para cromos haciendo los recados a los maestros; ahora está con las cuadrillas en el monte, un negocio perfecto para sus

habilidades, próspero y con posibilidades de futuro; él y Mucha se casaron y parece ser que tienen una tienda de chucherías en la calle del Centro. Ramoncho, el hijo del señor Manolo da Curva, se hizo marinero cuando dejó los estudios, como ya habían hecho su padre y sus abuelos; embarcó mientras hubo pescado y caladeros donde pescarlo, después se zafó como pudo: se marchó a Canarias a la construcción. Cualquiera día se cansa y se viene de vuelta; acabará como toda la tropa de mareantes retirados: de tertulia en un banco del paseo y echando partidas de llave en la del Andrucho. Moncha, la mujer, se dedicó, como su cuñada Mucha, a vender pescado por las puertas con la carretilla. ¿Cuántas mañanas de estudio no me habrán interrumpido anunciando sollas y jureles con sus chillidos de gaviota? Luego les llegaría la modernidad; lo dejaron y, con los ahorros, pusieron comercio.

Podría hablar de muchos otros. Lo que ocurre en el Pueblo no es diferente a lo que pasa en otros lugares, uno busca su sitio en el mundo por puro instinto de supervivencia. Yo pude acabar de director general o de consejero. Con mi formación, mi carisma y las innatas dotes de líder, habría de ser un camino sencillo. La mayor parte de las veces el trabajo no se escoge, se llega a él por casualidad. Puro azar. Pero después, una vez en el ajo, hay que llevarlo adelante. Tienes que hacer lo que esté en tu mano por defenderlo. Todo cuanto sea preciso. Todo.

El CO.MA., Consorcio Maderero, no es una firma cualquiera. No hay ninguna en el sector que le haga sombra en volumen de negocio en miles de kilómetros a la redonda. Pocas como

## A TREBOADA DE C



ella hay en el mundo. Porque esto, lo de la madera, es una industria a fin de cuentas; ¿o qué te pensabas? Los principios por los que se rige una empresa para ser rentable no tienen ningún misterio, son muy fáciles de entender:

1. Para sacar un producto se necesita, además de mano de obra barata, materia prima.
2. Cuanto más se venda más beneficios se sacan.
3. Cuanto más barata se consiga la materia prima más diferencia habrá con el precio de venta y, otra vez, más dinero se gana.
4. Si no hay madera no hay producto, y por tanto no hay negocio.

No hay trampa en lo que digo, pura lógica. Las reglas del juego, mal que me pese, son de esta forma. Son así, y uno tiene que vivir; ¿o vas a cambiarlas tú? Comprenderás entonces que deba hacer lo preciso por conseguir la madera. Mucha y barata, y cuanta más mejor. Sé bien que la imagen que doy con esto que te estoy diciendo es, siendo magnánimo, la de una sanguijuela; pero el cocido, por mucho que haya para repartir, no da para todos. Cada uno mira para sí y busca hacer dinero como puede, metiendo la mano en el bote o chupando la sangre del vecino si es necesario.

Para llevar este negocio no vale cualquier zarrapastroso. Hay asuntos que no admiten escrúpulos y son imposibles de aplazar. La realidad no es literatura. Vivo aplastado por las preocupaciones, atento continuamente al negocio, sin tiempo

para nada: apenas veo a la familia; me paso el día pendiente de la producción, de las entradas y salidas de los camiones, de las cadenas de montaje... y de un millar de cosas más; cuando no estoy enredado en asuntos de la fábrica lo estoy en reuniones del consejo de administración.

El monte. Yo ya no sé lo que es el monte. El chollo me ha torcido la mirada, cuando miro hacia él ya ni siquiera veo árboles. Me es indiferente el destino de la madera, tanto me da que vaya para tablas, serrín o pasta de papel: mis ojos sólo calculan metros cúbicos. Tampoco sé si eso importa. Ya he dicho que no sé cuál fue la chispa que encendió la primera llama, pero siento como si tuviese fuego por dentro; no puedo parar de arder.



## XVII - PEPE TOXO, EL CICLISTA

Lo mío es levantarme temprano por la mañana y, nada más salir de la cama, mirar la predicción meteorológica. Atiendo, además de al viento, para saber qué día me espera, a la temperatura, para decidir qué maillot ponerme; y a la humedad, para calcular las posibilidades de mojarme y vestir el chubasquero. Lo mío, te repito, son las batallas incruentas, luchar contra el aire, resistir al frío y a la lluvia, a todas las inclemencias del tiempo.



## A TREBOADA DE C



Mi pasión, como si no existiese nada más en el mundo, es enfrentarme a los puertos más largos y a las rampas con los porcentajes más duros ante la mirada indolente de los arnales y las lagartijas que me observan desde las piedras; salir a reventar el cuerpo y volver con las piernas machacadas y el ánimo domado. Mejor no preguntes, no podría decirte por qué lo hago. No sé si estoy poseído desde niño por algún diablillo, puede que fuese un duende nocturno, que entró en mí durante el sueño y ahora no permite que me calme. Creo que debe ser él el culpable, el responsable de que ande todo el día dando pedales y haciéndome preguntas.

Me paso la vida de aquí para allá a caballo de la bicicleta y conozco hasta la última carretera y el más recóndito rincón en muchos kilómetros a la redonda. Te diré lo que veo desde mi montura, te lo diré, aunque tú ya lo sepas: pinos y eucaliptos, plantaciones y plantaciones de eucaliptos llenando los montes que todavía no han ardido, hendidas en la mayor parte de los sitios por cortafuegos; pistas forestales por todas partes pese a no saberse hacia dónde llevan; canteras quebrando la tierra; tendido eléctrico por doquier; los humos de las térmicas, que se ven desde lo alto de los montes e incluso desde muchos lugares de la costa; y ahora, por si fuese poco, centenares de molinos de viento esparcidos por las cumbres, esta fiebre de los eólicos, que los tenemos hasta en la taza del caldo, en lugares a donde ya antes habían llegado las antenas y los repetidores de la televisión; y también montones de ceniza y troncos abrasados fastidiando el paisaje y la mirada. No

consigo sosegar la intranquilidad ni al volver a casa, cuando regreso por la carretera que bordea el mar y me reciben, desde muchos kilómetros antes de llegar, las docenas de grúas que dominan la línea del cielo del pueblo.

Animismo. A mí, si he de decir la verdad, el animismo, la creencia de que los objetos de la naturaleza pudiesen poseer algún modo de espíritu, siempre me ha parecido una solemne tontería. Soy incrédulo por naturaleza. Creer no creo, como con las meigas, pero lo cierto es que a veces, cuando llego hasta estos lugares, siento un dolor en mis adentros, como si los esqueletos calcinados de los árboles se comunicasen conmigo de algún modo y me infundiesen este estado de ánimo apático, este cansancio que llevo después, de vuelta, a mis espaldas y hace que cada pedalada me cueste tal esfuerzo que el camino a casa, aun siendo llano y la mayor de las veces impulsado por el viento del nordeste, me parezca un auténtico puerto de primera categoría.

No sé de qué me vale ser consciente de tantas cosas. Cuántas veces creo que me hago más preguntas de las necesarias. Cómo evitar el pensamiento, cuando los kilómetros y el cansancio se instalan en el cuerpo, de que el mundo es una selva abarrotada de alimañas, con los zorros pendientes de sus conveniencias y los lobos al acecho para saciarse de carne. Pensar hace que me sienta viejo e inútil. ¿Qué podría hacer yo?, me pregunto sin poder evitarlo. ¿Contra qué combatir y contra qué hacerlo primero? Soy pacífico por naturaleza. Jamás diría que hay que afilar las hoces y comenzar a cercenar

## A TROBADA DE C



cuellos; el tiempo de las revoluciones quedó atrás. Me siento cómplice por no comprometerme, refugiado en esta falsa inocencia. Siento que ya ni siquiera soy capaz de indignarme; con la capacidad de sentir asco adormecida. ¿Dónde han quedado los sueños? Languidecieron en algún lugar sin que hubiese llegado a enterarme; cuando lo hice, cuando recordé que algún día los había tenido... habían muerto. Lo que ocurre es que en el fondo soy un cobarde. Gasto las fuerzas en subir y bajar puertos, en procurar ir más rápido y en llegar más lejos. ¡Muy épico el asunto! Quizá lo más fácil sea precisamente lo que hago: creer que mi actitud es la correcta pero, en realidad, bajar la cabeza hacia el manillar y dar a los pedales. Mejor cierro la boca...

... Me callo. Tan sólo me callo y miro hacia abajo, hacia las ruedas y el asfalto. Sí, mejor me callo y doy a los pedales; se va a hacer de noche en el camino y no voy a conseguir llegar ni para la cena.

## XVIII - LOS DE LA PANDILLA DE MARINEROS JUBILADOS DE C

*La que juega a diario la partida de subastado en la Taberna del Andrucho y se sienta a charlar en los bancos del paseo a la sombra de un tamarindo cuando no llueve, cosa que siguen haciendo ahora, charlar, con su vocabulario lleno de eses sibilantes.*

**Manel:** La culpa de todos estos incendios es de Paco; de él y de su política forestal.



## A TROBADA DE C



**Manolo:** Es totalmente cierto. El cerebro que la diseñó fue un listo, todo un genio. Debió pensar que el bosque era más bonito y que el paisaje quedaba más europeo.

**Manel:** Y no se le ocurrió cosa mejor que llenarnos el país de eucaliptos y de pinos.

**Lelucho:** De lo que no os acordáis, o no queréis acordaros, es de que antes el monte siempre estaba limpio. Se hacía el estiércol para esparcir en las cuadras y hacerles la cama a los animales; después iba para las fincas...

**Manel:** ¡Demonios! Mira con qué historias vienes tú ahora.

**Lelucho:** ... Y se pastoreaban las ovejas y las cabras. Se le plantaba fuego al matorral para que luego creciese la hierba y los bichos tuviesen qué comer.

**Manolo:** Hombre, Manel, ahí Lelo lleva razón. Al monte siempre se le ha plantado fuego, siempre. Unas veces para limpiar los terrenos y otras los caminos; y también para que luego creciese el pasto, como dice Lelucho.

**Lelucho:** Mi abuelo lo hacía en verano, y además recuerdo bien a mi abuela yendo para el monte con las churrillas.

**Manel:** Sí, pero cambiaron los pastos con ovejas y cabras por pinos, miles y miles de pinos, y las pobres churras no podían acercarse a un árbol; la multa que le ponían al paisano valía bastante más que la oveja. Los incendios, ¿será casualidad?, comenzaron entonces.



**Lelucho:** A ti lo que te pasa es que eres un rojo deslenguado y tienes que echarle la culpa de cuanto se te ocurre al Caudillo.

**Manel:** Contaba mi padre que cuando había un incendio acudían todos a apagarlo. Tañían las campanas y se movilizaba hasta el más pequeño, iba la aldea entera. Pero después llegó el dictador y el monte pasó a mancomún y ya no era de los vecinos. Entonces era la Guardia Civil quien tenía que obligarlos para que acudiesen cuando ardía.

**Lelucho:** ¿Y ahora qué? Ya no está el tirano, como le llamas tú, para echarle la culpa.

**Manel:** Muerto el perro...

**Manolo:** ... se acabó la rabia.

**Lelucho:** Mucho cuento, pero tampoco hay quien apague los incendios.

**Manel:** Pues eso, lo que te estoy diciendo. Si el monte ya no es nuestro y no nos obliga nadie... ¿quién va a arriesgar el pellejo para apagar lo que no es suyo? Ya irán los voluntarios, como cuando fue lo del barco.

**Manolo:** La realidad es que las fincas están a campo, el matorral parece la selva de la Chita y del monte no cuida nadie. Nadie.

**Manel:** Campos de trigo y de centeno había muchos, pero luego llegaron las celulosas y con ellas los eucaliptos a montones.

## A TREBOADA DE C



**Manolo:** Y las tierras de los fondos de los valles estuvieron a salvo mientras hubo vacas; vinieron con el lío de las cuotas lácteas y se acabó la leche.

**Manel:** De ese modo, como comprenderás, no se podía vivir. Sólo les quedaba coger las maletas. Así se marcharon por docenas.

**Lelucho:** Ahora hay nuevos planes forestales.

**Manel:** Hay, sí, todo un enredo para cobrar las subvenciones.

**Lelucho:** Un rojo, eso es lo que tú eres, siempre echándole la culpa a la autoridad, esta vez sólo te falta meterte con los curas.

**Manel:** Pues no, esta vez no. Pero ya veremos cuánto tardan en salir en procesión para pedirle a santa Bárbara y a todos los santos para que intercedan y no vuelva a caer otra semejante.

**Manolo:** Dejadlo ya. ¿Cuántas veces sois capaces de pelearos en una mañana? Vivís en el pasado, y no me lo toméis a mal. El monte ahora es otra cosa.

**Manel:** ¡No, ya! No hay más que mirarlo, todo lleno de molinos. ¿Qué más ves ahora?

**Lelucho:** Te voy a dar la razón por una vez, Manel. Lo han llenado de eólicos, pero no por eso ha bajado la factura de la luz, al contrario. Y mientras, las pensiones, ya sabéis... ¡Mal rayo los parta!

**Manel:** Y bien que nos chupan la sangre los de las eléctricas, como si el viento o el agua de los ríos fuese una propiedad suya.

**Lelucho:** Son unos ladrones, viven de lo ajeno, y lo saben de sobra.

**Manel:** Además, nos mortifican adrede, que he leído en un libro todas las trampas que hacen...

**Lelucho:** Y desde cuándo lees libros tú, que no lo hacías ni en el barco en tres meses de marea sin otra cosa que hacer. Como mucho enredabas un poco con las revistas, tú ya me entiendes.

**Manel:** Hombre, el libro todo no lo he leído, sólo un pedazo que me mostró mi hijo. Decía muchas cosas de las que hacen, que están todos, toditos, pringados hasta las orejas. Son tinglados que no se descubren porque hay gente muy importante detrás, de mucho poder y de mucho dinero.

**Manolo:** ¡Cómo está el patio! ¿Tu hijo? ¿Entonces... en qué anda metido esta vez ese vago?

**Manel:** ¡Pobrecito! De vago nada, que va para artista. Anda por Santiago haciendo teatro.

**Lelucho:** ¡Vaya, teatro! Mejor cállate, no sigas por ahí... ¿Y qué libro era ese, hombre?

**Manel:** Pues ahora no me acuerdo muy bien del título, sé que llevaba la palabra sangre, nada más. Tampoco de quién lo escribió, aunque era algo así como... Rubial o Rubián.

## A TREBOADA DE C

CC

**Lelucho:** A ti lo que te pasa es que eres un aficionado a las telenovelas, todo el día imaginando conspiraciones. Se ve claro que ahora tienes todo el tiempo del mundo, no haces más que barruntar y sacar locuras de esa cabecita.

**Manel:** ¡Otra vez! Loco lo serás tú, ¡montón de estiércol! Ya te avisé bien avisado. ¡No me calientes...!

**Manolo:** ¡Manel! Calma, hombre. Tampoco hace falta insultar, que Lelo tampoco te ha faltado a ti...

**Manel:** ¿Cómo que no?

**Lelucho:** No. Yo sólo he dicho que...

**Manel:** Sí que me has faltado.

**Lelucho:** Que no.

**Manel:** Que sí.

**Manolo:** Siempre estáis con lo mismo. Aburrís a las piedras con vuestras historias. Es hora de soltar amarras. Me marcho, que si no me voy a quedar sin las recetas.

**Lelucho:** Vete, sí. Va a cerrar la Casa del Mar y a ver después sin la píldora cómo duermes.

**Manel:** Abur, capitán. Vete por la sombra.

## XIX - CARTA DE RAMONCHO A SU YÉSSICA

Mi querida hija:

¡Qué felicidad tan grande recibir tu carta! Incluso no pude evitar emocionarme un poco, y qué orgullo comprobar lo bien que escribe mi pequeña. Me alegro mucho de que estéis bien, tanto tú como mamá y los abuelos, y que además te estés portando tan bien como me cuentas, estudiando mucho y ayudando y cuidando de tu madre.



## A TROBADA DE C



Poco sabíamos por aquí de las noticias que me cuentas, que con tanto trabajo como tenemos no nos quedan ni tiempo ni ganas de encender la tele ni de mirar los periódicos. Nos pasamos el día en la obra y a veces incluso tenemos que comer en el andamio. Por la noche llegamos derrengados a la pensión, cenamos y derechitos a cama, que a las seis hay que estar en pie. Ya ves qué vida llevamos por aquí. Pero no tengas pena; yo lo hago con gusto, princesa, no dejo de trabajar sin cesar para que no os falte de nada y tengáis de todo. Ya verás tú qué pronto consigo juntar un buen montón de dinero y estoy de vuelta en casa.

De los incendios y de la ola de calor sí que nos enteramos, lo fuimos siguiendo en los partes de la radio en los pocos ratos que teníamos libres; pero de la tormenta es la primera noticia que tengo. La verdad es que tampoco estoy tan sorprendido. Tal y como han estado construyendo encima del río y como le achicaron el cauce, nada me extraña. Los incendios del verano acabaron de fastidiar el asunto, pues la tierra sin unas raíces que la sujeten... Han tenido mucha prisa para hacer las cosas, y así ya se sabe. Aunque supongo que alguien ha de estar mirando el tema, me dejas un poco preocupado por vosotros; los que toman las decisiones se comportan a veces como una auténtica pandilla de mangantes y podría volver a pasar otra semejante en cualquier momento. Pero tú tranquila, que mamá está en todo y seguro que a tu habitación no llegará el agua.

Desde luego, lo que no tienes que creer es que tu padre esté haciendo algo que no deba. Al contrario. Las casas que

hacemos aquí son bonitas, de mucha calidad, y también muy necesarias para que la gente viva, que tú ya recuerdas cómo era la casa vieja que los abuelos tenían en la aldea, donde se crió tu madre antes de mudarse al piso del pueblo. Ni electricidad había, el agua la sacaban del pozo y para las necesidades tenían que ir a la huerta o al retrete de encima de la cuadra de los cerdos. ¿Tú no querrás que la gente siga viviendo en esas condiciones? ¿Verdad? Entonces no te preocupes, sigue estudiando como hasta ahora y hazles mucho caso a tus profesores, a todos ellos, ¿eh?; ya hablaré yo por teléfono con mamá del tema para que vaya a visitar a esa señorita P., si es que tu madre cree que es necesario hablar con ella.

Me despido de ti, mi pequeña ratita, hasta que nos veamos, que espero que sea muy pronto. Recibe un abrazo enorme y montañas de mimos y besos de:

Tu padre que te quiere  
Ramoncho da Curva

Posdata: Como supongo que seguirás portándote tan bien como hasta ahora... descuida, no olvidaré el regalo que te he prometido.



## XX - PANDILLA DE MARINEROS JUBILADOS DE C

*La misma de antes, la que juega la partida de subastado en la Taberna de Andrucho y se sienta de tertulia en los bancos del paseo a la sombra de un tamarindo cuando no llueve, cosa que siguen haciendo ahora, charlar con sus voces infestadas de seseo, que el día es muy largo para los jubilados; aunque el tema ha cambiado y ahora le dan vueltas al cambio climático.*

**Manel:** Lo que le ocurre a la gente joven es que mezcla churras con merinas. Cada vez que llueve fuerte, viene una ola de calor o hay un cambio de tiempo enseguida dicen: Está claro que ha cambiado el clima.



## A TREBOADA DE C

CC

**Lelucho:** Hombre, así se habla. Se han vuelto todos unos alarmistas. Azotan cuatro ráfagas de viento y mandan amarrar la flota. En nuestra época se salía con temporal y cogíamos rumbo norte con galerna si hacía falta. Lo que pasa es que ya no queda gente como la de antes.

**Manolo:** ¡Para, machote! ¡No seas tan exagerado tú también! Como te escuchan nos hacen una serie en la tele. Nos van a llamar “Los Superhéroes del Paseo Marítimo”.

**Manel:** Lo que quiero ver yo es cómo vamos a hacer para parar lo del cambio climático, porque lo que sí es verdad es que no hacemos más que gasto. Fabricamos chorradas a diestro y siniestro y luego arrojamos a la mar toneladas de basura. ¡Venga, para el pañol grande, que lo engulle todo y no se llena!

**Lelucho:** Sí, pero eso se ha hecho toda la vida. El que tenía dinero lo gastaba y el que no...

**Manel:** Pues eso mismo, toda la vida, pero ahora más, hasta que el agua colmó el vaso...

**Manolo:** ¿Qué querían? Las casas aumentan sin ton ni son con tanta recalificación de terrenos y tanta urbanización, pero donde no invierten una perra es en las alcantarillas. No las hacen adecuadamente porque parece ser que no se ven y no dan votos. Y, claro, ¿cómo no iban a reventar las canalizaciones? ¿Vosotros habéis visto en la calle del Centro cómo eran de estrechos los caños?

**Manel:** No, hombre, esta vez no hablaba del pueblo ni de la tormenta. Se acabó la historia. Me refería al planeta, que ya no soporta más.

**Lelucho:** ¿Pero no os dais cuenta de lo avenado que anda? Cada año llueve menos, o por lo menos lo hace cuando quiere y a lo loco, se adelanta más la primavera y se atrasa más el invierno. Los jóvenes no tienen años suficientes para enterarse de los cambios, pero nosotros...

**Manolo:** Hombre, pues está claro, ¿o no? Nosotros, por ejemplo: las cuatro verduras que plantamos en la huerta florecen cada vez un poco antes, y después viene la helada y lo destroza todo.

**Manel:** Sí, y también están raros los bichos. Ahí tenéis las gaviotas, que ya no buscan pescado. Ahora se dedican a la basura, todo el día metidas en los contenedores. Se han convertido en ratas con alas. Un asco.

**Manolo:** ¿Y las golondrinas qué? Llegan a destiempo y se marchan cuando les da por ahí.

**Lelucho:** ¿Y no recordáis entonces la noticia esa del periódico que comentamos hace poco, la que decía que en Ourense han tenido que retrasar la matanza del cerdo hasta diciembre a causa del calor?

**Manel:** ¿Ah, sí?

**Lelucho:** Sí.

...

## A TREBOADA DE C

CC

**Manolo:** Y los árboles brotan y dan fruto cuando les da la gana.

**Lelucho:** Sí, y se ven orugas e incluso mariposas en medio del invierno.

**Manel:** Y el pan ya no sabe como antes.

**Manolo:** Ni los huevos ni el pollo, a no ser el de casa.

**Manel:** Tampoco las patatas.

**Lelucho:** Serán malas las cosechas.

**Manel:** Serán.

...

**Lelucho:** Se dicen también muchos disparates. Incluso leí el otro día en el periódico que el viento ya no azota tan fuerte como hace treinta años. Está claro que no es el periodista el que va a la mar, de lo contrario no diría esas tonterías.

**Manel:** Si lo escribió fue porque lo ha investigado algún científico, que lo habrá medido con sus instrumentos.

**Lelucho:** A esos lo único que les interesa es chupar el dinero de las subvenciones. De la mar no saben nada, no han visto una nasa delante en su vida. Unos teóricos. Ya viste qué listos eran los biólogos que llevábamos en el barco...

**Manolo:** ¡Para el carro, Manel, no seas animal!



**Lelucho:** El pescado y el marisco en el plato. Como mucho, mira si alguno de ellos cogió un cangrejo en la playa cuando niño con la ayuda de un truel. Publican cualquier bobada sin saber ni lo que dicen.

**Manel:** Sí que lo saben, que para eso hicieron estudios.

**Lelucho:** Qué van a saberlo.

**Manel:** Sí lo saben.

**Lelucho:** Lo que tú quieras.

**Manel:** No, lo que quieras tú.

**Lelucho:** ¿Que te pica a ti, Arroaz?

**Manel:** Pues Arroaz no es mal nombre. Pero si a ti te apodan Faneca Podrida por algo será.

**Lelucho:** ¡No me digas!

**Manolo:** ¡Tranquilos! Calmaos, que aún os va a dar algo.

**Lelucho:** Cálmate tú, a mí déjame discutir lo que me dé la gana.

**Manel:** Lo mismo te digo yo. Discutimos cuando nos apetece, ¿o vas a prohibímoslo tú? Ya nos han quitado el tabaco, la sal y no sé cuántas cosas más. ¿Es que ya no vamos a poder ni hablar?

## A TREBOADA DE C

CC

**Manolo:** ¡Sois un par de brutos! Cuando os ponéis así dais más asco que saliva de babosa. Muy bien, ¡se acabó el carbón! No sé por qué me deixo enredar por vosotros. El médico a estas horas ya ha acabado de despachar, pero yo me marcho.

**Manel:** Vete, sí. Vete por la sombra. Adiós, nos vemos mañana en la del Andrucho.

**Lelucho:** Adiós, chaval. Venga, una sopita y para cama, que ya son horas.

**Manel:** Yo me marcho también, es hora de la parva. Estas broncas me dan un hambre... Voy a zamparme un trozo de pan centeno con tocino y una taza de tinto, a ver si consigo que me suba la tensión.

## XXI - PATIO DE LUCES

*Espacio, además de útil, democrático y comunal, donde asoma los hocicos y mete baza quien le da la gana.*

**Moncha:** ¡Mucha! ¿Estas ahí?

**Mucha:** Sí que estoy.

**Moncha:** ¿Y qué? ¿Mantenéis el tipo?

**Mucha:** ¿Qué dices, mujer?

**Moncha:** Pregunto si ya habéis ido al gimnasio.



## A TREBOADA DE C



**Mucha:** Sí, hemos ido, sí. Pero no hemos aguantado mucho; estábamos hartas con tanto cafre levantando pesas.

**Moncha:** ¿Y el bizcocho ya lo has hecho?

**Mucha:** ¡Claro que lo he hecho! ¿Cómo no lo iba a hacer? ¿No se lo prometí a tu hija para la merienda? Se lo subo después y ya de paso recojo la empanadera.

**Menchu:** ¡Mira que gritáis! Hablad bajo, ¡hombre!, que van a decir de nosotras que somos unas pescaderas.

**Mucha:** ¿Acaso no lo somos? ¿Cuántos años nos hemos pasado vendiendo pescado?

**Moncha:** ¡Ay, Mucha! Esos fueron tiempos. ¿Cuánto hace que no vas por las puertas con la carretilla?

**Mucha:** Yo ya casi ni me acuerdo. Tendría que echar cuentas.

**Menchu:** ¿No te acuerdas? ¡Qué fina te has vuelto!

**Moncha:** Pues yo desde antes de nacer Yéssica; poco después de que tu hermano me dejase preñada en las fiestas del Carmen. Ya han pasado doce años.

**Mucha:** ¡Mira tú cómo pasa el tiempo!

**Moncha:** Tuve que dejarlo porque en mi estado no debía acarrear pesos. Después Moncho dejó la mar y se marchó a Canarias y yo ya no tenía pescado que vender. Menos mal que puse la tienda, que si no...



**Menchu:** ¿Entonces la pescadera soy yo por tener aún la pescadería? Pues mejor la cierro. ¡Total, para lo que da!

**Moncha:** ¿Cómo no va a dar? ¡Si el pescado anda por las nubes...!

**Menchu:** Caro estará, pero a nosotros no nos deja nada. Se va todo en impuestos, en el gasóleo, en pagarle a la gente y en mantener el barco. Paco ya está hablando de venderlo y de coger la jubilación anticipada, que para eso lleva cotizando tantos años.

**Mucha:** ¿Y después qué? ¿Qué ibais a hacer?

**Menchu:** ¿Y qué vamos a hacer? ¿Para qué crees que estoy preparando la tienda nueva en la calle del Centro?

**Mucha:** Como los empresarios de verdad. Invirtiendo las ganancias y diversificando el negocio.

**Moncha:** ¿Y Paco?

**Menchu:** Pues nada. Él con su suegro y con tu padre, echando la partida en la de Andrucho y después a charlar en el paseo, que es lo que a él le gusta.

**Moncha:** Ya sé, no me cuentes. Jugando a la llave o al dominó dando golpes en la mesa, según como tengan las témporas o les dé el viento.

**Mucha:** Sí, arreglando el mundo. Desbarrando de política y de fútbol con los Manueles.

## A TREBOADA DE C

CC

**Menchu:** Contando sus batallas, lo que mejor saben hacer.

**Mucha:** ¿No cambiarán nunca, entonces?

**Menchu:** ¿A sus años? ¿Y qué les vas a pedir ahora, Mucha, no ves que ya están roídos por la polilla?

**Moncha:** A fin de cuentas nosotras algo de culpa también tendremos. ¿Quién los tiene en casa y los educa desde pequeños? ¿Algo podremos hacer, o no?

**Mucha:** Mujer, como poder... pero eso será asunto de la escuela, ¿o qué?

**Moncha:** ¡No me hables de la escuela, que allí a los niños sólo les llenan los sesos de pájaros!

**Mucha:** ¿Lo dices por lo de la maestra esa, la que le calentó la cabeza a la niña?

**Moncha:** Por ella, sí, la señorita P. ¡Mira tú que decir a los pequeños que los que van a la mar son unos piratas que llevan toda la vida arramplando a lo loco con cuanto encuentran...! ¿En qué cabeza cabe?

**Menchu:** ¿Y qué quería? ¿Que dejásemos el pescado en la mar y que las familias se muriesen de hambre? ¡La culpa será de los compradores, digo yo, pues si lo piden y no cogemos otro, por muy pequeño que sea, no se va a tirar por la borda!

**Moncha:** Pues los que lo compran son también unos hipócritas de cuidado. Enseguida te dicen: qué se le va a hacer, ahora ya



está muerto, si no lo hubiesen pescado tan pequeño yo no me lo llevaba a casa.

**Menchu:** Ya bastante pena da cuando no lo pagan en la lonja. Y suerte aún si vale para hacer harina para piensos, como pasa con la sardina, y si no otra vez a la mar, cajas y cajas arrojadas a la mar.

**Mucha:** ¡Esa sí que es una gran desgracia!

**Menchu:** Entonces... ¿quién viene siendo la señorita esa de la que habláis?

**Moncha:** Pues una charlatana que llegó por ahí abajo y que parece que les da clase de naturales.

**Mucha:** ¡Y mira tú!, en lugar de explicarles lo que es el cambio climático y esas cosas, ha hecho que la chica pensase que su padre estaba haciendo algo malo.

**Moncha:** Yéssica incluso le escribió contándole el asunto, y el pobre Ramoncho llamó por teléfono todo preocupado para que fuese a hablar con ella.

**Menchu:** ¡No me digas! ¿Y vas a ir?

**Moncha:** Pues claro que voy a ir. Me van a escuchar. Seguro, ¡hombre! Ella y la directora. La escuela está para que aprendan, no para decirles que sus padres están haciendo daño.

**Mucha:** ¡Así es!

**Moncha:** Pues eso, se van a enterar de lo que vale un peine.





## XXII - ROVERTO

Aquí abajo hay a diario mucha humedad, demasiada, circunstancia que en nada beneficia a mis partes metálicas; tampoco el salitre contribuye a mejorar el tema, y yo, por mucho que lo intente y ponga toda la voluntad, no consigo acostumbrarme a la situación. Por otro lado, la verdad es que tampoco me gusta mucho que cada vez que llueve luego me esté cayendo por encima toda la tierra y la porquería esa de ceniza de los incendios. Me ensucia a mí y convierte el fondo en una ciénaga asquerosa. Ya ves, supongo que también yo soy un daño colateral, una víctima del cambio climático.



## A TROBADA DE C



Aullaría si pudiese, pero sé que es inútil. Nada puedo hacer para zafarme de este húmedo destino. No voy a decir tampoco que tenga esperanza alguna de que me saquen de aquí. Sé de sobra que eso no va a ocurrir y ya me he acostumbrado a la idea de que voy a permanecer hasta que no sea más que un montón de óxido en el fondo del mar. Es un final como otro cualquiera y no está tan mal, más deprimente sería ir a dar con el chasis a un cementerio de coches. Incluso podría decir que es una especie de retiro dorado. Vivo en un fondo marino donde la vida alienta con fuerza. Está todo tan lleno de algas y bichejos que casi parece que esté metido en medio de un documental de naturaleza. Cualquiera día aparecen unos submarinistas con las cámaras y salgo en la tele; lástima no ser capaz de hablar para que pudiesen hacerme una entrevista, les contaría con detalle las peripecias de mi vida y un buen montón de anécdotas con todo lo que ocurre por aquí abajo.

Es todo un espectáculo ver las estrellas tras los erizos y las fanecas que llegan en pequeños grupos en busca, con sus ojos grandes, de gusanos y cangrejos. Aguardo por el anochecer con fruición, esperando los juegos de los arroaces salpicando en la superficie del agua. Por las noches también suelen aparecer de visita los lenguados arrastrándose por la arena. No son los únicos, mis favoritos son las potas y los calamares; sus movimientos imposibles intentando huir de sus predadores no dejan de alucinarme. Tengo la carrocería atestada de cintas, correas, laminarias y todo tipo de hojas de mar. No faltan los balanos y las lapas, algún puñado de mejillones y, aunque no

te lo creas, incluso se crió sobre mí una piña de percebes. Como se enteren los furtivos no tardarán en venir a buscarlos echando mano de la rasqueta. Los peces entran y salen, persiguiéndose unos a otros. Se esquivan y se devoran. Todo muy divertido. Un congrio se ha instalado entre los asientos. Es pequeño. Ya crecerá, que el sustento no escasea. ¿De qué me voy a quejar?, entretenimiento continuo por aquí abajo no falta; si acaso, echo de menos los viajes y la compañía que me hacía la radio. Este es un territorio de silencio, de la superficie casi no se percibe nada, apenas un suave murmullo cuando el viento azota con fuerza.

En cuanto a él, al autor, quiero decir, ha vuelto a visitarme. Era la hora en la que la brisa se sosiega y las sombras se alargan. Lo sé, que sentí como se acercaba a la orilla de la playa ahuyentando a los archibebes con su paso torpe al atravesar por la escollera. Se quedó luego ensimismado, oliendo en el aire el aroma marino, escudriñando entre las olas y preguntándose en dónde me encontraría. Miró hacia donde estoy poniendo cara de estar muy atento, con esa mirada suya teñida de verde y azul que suele proteger tras las gafas de pasta negra, sin lograr reprimir un par de lágrimas; pues en el fondo, y aún que no lo parezca, con esas patillas largas y peludas de tipo duro del far west que se gasta, es un sentimental. Ya ves, amigo mío, alcancé a decirle desde la distancia: ¡estamos perdidos, compañero!



## XXIII - TÚ, LECTOR, ETERNO VOYEUR

*Sí, eso mismo, que la palabra que tienes arriba, en cursiva, significa mirón, que es lo que tú eres, siempre ahí, escondido del otro lado de la historia sin decir ni pío.*

Ya, sin decir ni pío. En todo caso lo que tú dices queda escrito y mi pensamiento se lo lleva el viento. No doy mi opinión, eso es lo que piensas, pero en cuanto termina el año bien que estás pendiente de ver cuántos ejemplares has vendido para



## A TREBOADA DE C



cobrar los derechos de autor y para llenar el ego bien lleno, ese monstruo insaciable que llevas dentro. También sabes de sobra, pese a no ser tu caso, que las buenas obras las difunden los lectores de boca en boca aunque el libro no se hubiese dejado ver por los escaparates de las librerías, el editor no hubiese gastado un duro en su promoción y en la prensa no hubiese aparecido ni una triste reseña. Así que, ya ves que, pese a que sea de modo indirecto, pío bastante más de lo que piensas.

¿Quieres que te diga la verdad? Pues vaya chapuza más increíble e inconexa me sueltas en esta obra. No te llega con ofenderme, o casi, llamándome mirón, sino que crees, o debes hacerlo, que además soy medio tonto y que voy a tragar con lo que cuentas sobre tu coche: que primero, cuando estabais atravesando la villa de C, cayó sobre vosotros lo que debió de ser el segundo diluvio universal y que luego te lo llevó una riada y fue a dar con la chatarra al fondo de la ría. Esa parte podía tener un pase; tampoco es que lo fuese a creer así como así, pues, aunque últimamente esos desastres ocurran cada vez con más frecuencia, sería demasiada casualidad que precisamente te pasase a ti para que pudieses escribir estas páginas. No, no es fácil de creer, pero al menos puedo disimular y tirar hacia delante con la lectura; pero el resto del relato... Está bien que los escritores tengáis imaginación y todo eso. Supongo que es algo esencial, un elemento imprescindible para desarrollar vuestro trabajo, pero parece que tú lo que pretendes es hacerme pasar por verdad lo que cuentas, y uno, pese a ser crédulo y poner su mejor disposición, tiene sus límites.

Rubios, estrellas, lagartos y hasta una llama (de fuego). Abarrotas el texto con un montón de criaturas imaginarias e irreales. Está bien, pero te habrás dado cuenta de que, además de tratarme como a un crío acercándote al tema de ese modo, estás pisando arenas movedizas al usar un procedimiento tan manido como el de personificar a los bichitos y a los entes de la naturaleza. Encontré hace unos días en un diccionario que hay una doctrina filosófica a la que llaman hilozoísmo que atribuye vida propia a los seres inanimados. No soy hilozoísta, y pese a no estar de acuerdo con el resultado lo acepto como recurso literario. ¿Pero crees realmente que necesitabas hacerlo?

Sacas a la luz un mogollón de asuntos: lo de esa tormenta, que no sé si simboliza la locura en la que se está convirtiendo la climatología, y lo de los incendios; aunque me temo que te has olvidado de explicar, entre otras muchas cuestiones, la relación que tienen con las actuaciones en los cauces de los ríos y con las arroyadas como la que te arrampló con el coche. Has hecho intervenir a un montón de personajes, los que tú dices que te vinieron a la mente cuando comenzaste a reflexionar sobre el tema, pero lo que se te ha quedado en el tintero es lo que nadie quiere escuchar: hasta el más acérrimo defensor del medio ambiente, ya sea un concienciado activista de cualquier grupo ecologista, no es capaz de sustraerse al consumismo desmedido y al derroche energético. Sí, de eso somos todos muy conscientes, todos nosotros, pero poco hacemos por cambiar. Esa, y no otra, es la verdad.

## A TREBOADA DE C

CC

No sé para qué digo nada, siento que estoy malgastando las palabras de un modo inútil. Seguro que, como todos los escritores, vas por la vida de artista, genio pagado de sí mismo, y serás, al menos en lo que atañe a tu obra, poco dado al diálogo. Me es igual que no admitas sugerencias, no tengo el más mínimo interés en convencerte, sólo quiero hacer lo que tú dices hacer pero no haces: ser sincero.

## XXIV - YO, EL NARRADOR, UNA VEZ MÁS

Llueve. Y al mismo tiempo que la tierra se empapa, ávida de agua después de un invierno largo y seco, el sonido de las gotas que golpean en los vidrios de las ventanas de la habitación me anega el ánimo permitiendo que la pereza se instale en mí.

Empiezo, a decir verdad, a estar cansado de este relato después de tantos meses sumergido en él. Me viene apeteciendo emprender una nueva aventura, ponerme a escribir otra cosa y soñar con nuevos personajes y escenarios. Estoy, así pues, firmemente decidido a terminarlo. Podría intentar ponerle fin



## A TROBADA DE C



diciéndote, por ejemplo, que en mi opinión lo importante de una trama no es que sea real sino que lo parezca. Su verosimilitud. Pues esta no lo aparenta, dirás tú; ni es real ni se le acerca. De acuerdo, coincido contigo en que muy verídica no parece, desde luego. Tendré entonces que tratar de justificar el porqué de que la haya contado de esta forma.

Creo que la objetividad no existe e intentar reflejar la realidad me parece un esfuerzo vano, algo seguramente imposible por muy factible que nos pueda parecer en ocasiones. En cuanto pasa por las manos de alguien, las tuyas o las de un autor, y al verla desde el prisma de su perspectiva, es inevitable que adquiera el color de su mirada. No creo que me haya acercado en el desarrollo de este enredo ni tan siquiera a la imagen que yo mismo tengo de ella. Comencé a contar la historia que me apetecía y de la forma en que la cabeza me lo pidió. Después, como siempre ocurre, cogió vida propia y me llevó por donde quiso sin que yo haya podido hacer nada por controlarla. Dejé fluir el pensamiento hasta que la imaginación y los hechos en los que se basa se confundieron; ya no sé, ni me importa, ni creo que importe, lo que fue cierto y lo que no lo fue. Lo que puedo decir, eso sí, es que he disfrutado, y mucho, fantaseando y escribiendo. Sería mi deseo que contigo ocurriese lo mismo, que hubiese conseguido entretenerte y te hubiese proporcionado acaso algunos momentos de placer.

Verdad y realidad... ¿Qué importancia tienen para su transcurso? Porque... respóndeme si puedes: ¿Qué es la realidad? ¿La sarta de falsedades que nos cuentan a diario? ¿Lo que ves en

la tele, escuchas por la radio o lees en la prensa? ¿No serás de los que piensa que todo lo que sale en la pantalla o se imprime en un periódico ya es verdad por el hecho de publicarse? A veces es suficiente con escuchar la misma noticia en dos medios diferentes para darse cuenta de que algo falla. Se contradicen, pensarás; o, peor todavía: alguien miente. ¿Por qué lo hacen?, podrías preguntarte.

Quizás entre las líneas de estas páginas se esconda mucho más de lo que tú crees y de lo que yo pueda imaginar. Roerto existe, o existió, pese a no ser a él a quien se llevó la riada, sino ciertamente al coche de un conocido. Personificar y poner voz a alguno de los protagonistas fue al menos divertido y, en cuanto al resto de lo que cuento, los escenarios y las situaciones son nítidamente imaginarios pero, si no son ciertos... podrían serlo. La realidad, seguramente lo habrás escuchado muchas veces, supera casi siempre a la más fantásica de las ficciones. No pretendo que me creas. Es más: preferiría que no lo hicieses, que abrieses los ojos y creases por ti mismo una opinión. Tu criterio. Mejor nos iría; a casi todos.

Cerré los ojos; los mantuve suavemente cerrados, sin hacer fuerza. Me concentré. Permití que los recuerdos en forma de imágenes de alguno de los viajes y aventuras que vivimos juntos me recorriesen la superficie de la retina y lograsen robarme alguna lágrima. Fue tan sólo un instante, una pequeña concesión a mi lado más sentimental que me permití cuando volví allí, a la orilla de la ría, cerca del lugar donde intuyo que deben yacer sus hierros.

## A TREBOADA DE C



La vida continúa. Ahora tengo un coche nuevo y muchos kilómetros por delante que recorrer. Seguiré encendiendo la radio cuando conduzco a pesar de los sacamuelas que copan continuamente las tertulias. Procuero impedir que me desasosieguen los remordimientos que brotan cada vez que los escucho hablar, con las manos en el volante, de la quema de combustibles fósiles, de la emisión de gases de efecto invernadero y, sobre todo, del demonio ese del cambio climático. Me doy cuenta de que comienzo a estar viejo y rezongón me lo dicen las rodillas y las neuronas, y aun así sé que ni querré ni podré resistirme a intentar cambiar mis rutinas; no tardaré en procurar coger el hábito de ir caminando a los sitios, en usar el transporte público, apagar las luces cuando no esté en la habitación y todas esas cosas, e incluso puede que el próximo coche que me compre sea eléctrico, mixto, o lo que quiera que haya para entonces. No sé, hasta es bastante posible que lo consiga; y mientras él, el pobre Rovertó, seguirá allí, oxidando la inmensidad azul.

*República de Sar,  
en el seco invierno de 2008*



